Zapata Junior

Conocido en el INFIERNO

¡ES HORA DE QUE...
esta generación de cristianos se levante!

¡ES HORA DE QUE...
nos rebelemos contra Satanás!

¡ES HORA DE QUE...
lo hagamos temblar!

¡ES HORA DE QUE...
nos conozcan en el infierno!

Junior Zapata vive con su esposa Any en la ciudad de Guatemala, donde es administrador y director de educación cristiana del Instituto Evangélico América Latina, escuela cristiana con más de cuatro mil alumnos. Cursó estudios en la Liberty University de Virgina (EE.UU.), así como en la Sorbona de París. Sus estudios incluyen Biblia, comunicación y filosofía. Es conocido internacionalmente como conferencista en temas de administración y comunicación. Su ministerio se centra en la enseñanza y consejería de jóvenes.

Hoy día, en esta generación, Dios está buscando cristianos que se atrevan a no ser gente común y corriente, que cuando salgan de su iglesia, cuando salgan de su casa y pongan un pie en la calle, el infierno tiemble porque se sienta amenazado.

Pero el diablo no tiembla porque cantes bien (¡ni porque cantes mal!). El diablo no tiembla porque vayas a la iglesia más grande de tu país. El diablo no tiembla porque estés involucrado en lo último de modas y eventos cristianos. Y, definitivamente, el diablo no tiembla sólo porque te creas más santo que los demás. Entonces, ¿qué tienes que hacer?

Este libro te lo dirá. En él aprenderás de las experiencias de personas como tú, que estuvieron dispuestas a darse a conocer del enemigo. Al final de cada capítulo hallarás ejercicios tácticos que te ayudarán a desenvolverte mejor en la guerra espiritual.

Definitivamente, si quieres ser conocido en el infierno, ¡lee este libro!

Categoría: Juventud

BETANIA

ISBN 0-88113-344-2

9 780881 133448

Zapata

Conocido en el INFIERNO

Un manual de guerra espiritual
para la juventud cristiana

BETANIA

Un Sello de Editorial Caribe

Betania es un sello de *Editorial Caribe*

© 1996 EDITORIAL CARIBE
Una división de Thomas Nelson
P.O. Box 141000
Nashville, TN 37217, U.S.A.

ISBN: 0-88113-344-2

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin la debida autorización
de los editores.

3ª Impresión

E-mail: caribe@editorialcaribe.com

Contenido

Prólogo 5

1 Pero tú, ¿quién eres? 7

2 En la lista de los diez más buscados 21

3 Asesinos te buscan 29

4 Saca tu navaja y córtate 39

5 Dirige una escoba 51

6 Heme aquí: ¿Quién ira? 65

7 Lo que una vida genera 83

8 Levanta al soldado herido 103

9 Recibe la antorcha 111

10 Generación de rebeldes 123

Lo que dicen otros:

Las historias de este libro impactarán y retarán la vida de todos los jóvenes que se atrevan a leerlo y que buscan una sincera relación con Dios.

Junior escribe de una manera sencilla, amena, cautivadora. Cuando empieces a leer, no podrás parar hasta terminarlo. Juan Carlos Alvarado

Impactante y edificante de principio a fin. Con un lenguaje ameno y sencillo, CONOCIDO EN EL INFIERNO es un excelente manual para la guerra espiritual y nos reta a vivir verdaderamente con integridad nuestro cristianismo. César E. Garza, *Alas de Águila*

¡Qué libro tan profundo! Cada capítulo es una experiencia de lo que significa servir a Dios con toda la vida. Creo que cada joven cristiano debe leer este libro y meditar: ¿Qué estoy haciendo para Dios? Estoy segura que dirían igual que yo: Este libro ha impactado mi vida.

Elvira Garza, *Alas de Águila*

PRÓLOGO

Los temas juveniles, por naturaleza, son muy controvercia-les (música, moda, noviazgo, etc.) y existe la mala tendencia de que lejos de esclarecerlos a la luz de la Palabra de Dios, los oscurecemos con la ignorancia, gustos y convicciones personales de una generación que ha absorbido tradiciones y que parece haberse desviado de la esencia del evangelio. Si a esto le agregamos el tema de la guerra espiritual, que dicho sea de paso parece estar hoy en día muy de moda, parecería que en este momento tienes en tus manos una bomba de tiempo. ¿Por qué? La razón es muy sencilla. Una vez más, cada uno de nosotros hemos tomado la tajada de pastel que más nos gusta, o en otras palabras, es un tema en el que otra vez no nos ponemos de acuerdo y cada uno tenemos *nuestro* muy, pero muy particular punto de vista. Pero, ¿qué dice el Señor de todo esto? ¿Podríamos sentarnos como Job después de «oscurecer el consejo con palabras sin sabiduría» y dejar que sea la Biblia (que no es de interpretación privada) la que nos redarguya, nos enseñe y nos capacite a fin de que seamos perfectos (maduros), enteramente preparados para la hora que Él nos ha encomendado?

Antes de leer este libro, por el título tan revelador *Conocido en el infierno*, pensé que en mis manos tenía un libro más acerca de la guerra espiritual. Esperaba recibir un mensaje tan «espiritual» o mejor dicho «espirituoso» y hasta cierto punto tendencioso, que una vez más quedaría desanimado en mi lucha diaria como cristiano, por mi inminente carnalidad. Pero cuál fue mi sorpresa, detrás de esos relatos tan descriptivos, que de inmediato captaron mi atención, y de esa forma tan amena, sencilla

y clara de exponer las enseñanzas de Jesús y sus demandas acerca del Reino de los cielos, me encontré reflejado en cada uno de esos personajes. Así, logré descubrir y reconocer áreas de mi vida que necesitaban ser confrontadas y expuestas a fin de hallar gracia para una restauración y así apropiarme de las promesas y la posición de hijo de Dios que Jesús ganó para mí.

Nadie mejor que Junior Zapata para hablarle a la juventud de este tema, puesto que él no es un escritor en busca de temas de interés para su propio beneficio. Junior es un cristiano comprometido con Dios y con su generación a tal grado que Él le ha permitido hacer cosas en el área de la educación en su país nunca antes vistas. Las mismas están trascendiendo fuera de sus fronteras, dándole una larga experiencia en la docencia y un corazón sensible a la problemática del joven cristiano. Es por eso que en ocasiones suena como un padre dándole instrucciones precisas y prácticas a su hijo antes de su partida. Habla con la veracidad y el amor, con la amonestación y la ternura que sólo un padre puede hacer.

Joven, no existen caminos cortos ni pagos diferidos. Cuando el Señor demanda algo de ti, no dudes en entregarlo. Nunca encontrarás la paz y el éxito en tu vida hasta que no estés en el centro de la voluntad de Dios, sometido completamente bajo su señorío. Te reto a que realices un viaje lleno de emoción, realismo y desafío a través de las páginas de este libro para que descubras y vivas lo que significa ser *Conocido en el infierno.*

Hector Hermosillo
*Torre Fuerte**

*Grupo musical mexicano dedicado a la difusión del mensaje de Jesucristo a la juventud de habla hispana en todo el mundo.

Capítulo 1

Pero tú, ¿quién eres?

Como de costumbre, la ciudad comenzó a despertarse antes que el sol cubriera como un fino manto de oro la costa occidental del puerto.

Los callejones se llenaban de largas sombras que deslizándose de rincón en rincón iban buscando basura... buscando comida. La ironía continuaba: el desecho de uno era el banquete de otro.

Eran pordioseros que sobrevivían de lo que la ciudad tiraba y de las limosnas de extranjeros. Extranjeros que buscaban la magia y los milagros en la ciudad. Hombres y mujeres buscando saciar su curiosidad religiosa. Familias buscando llenar su necesidad espiritual.

Todos buscaban. Pobres ignorantes. No lo sabían, pero todos buscaban lo mismo.

Poco a poco, las calles se iban llenando. Se iban llenando de bulla. Se iban llenando de gente. Algunos corrían al mercado, otros a la plaza, otros a comprar el pescado en la playa. Aunque el día recién

empezaba, todos caminaban como si ya fuera a terminar.

Los magos y los milagreros empezaban a llenar las plazas y las esquinas haciendo sus alharacas, sus ritos y oraciones. Llenaban de falsas expectativas a todos los que buscaban esperanza y paz.

Así era Éfeso. Llena de ruido, llena de gente, llena de religión. Así era Éfeso, llena de necesidad.

Años atrás, Jesús había muerto crucificado. Algunos en Éfeso habían oído de aquel judío que decía ser Dios y que podía perdonar los pecados. Nadie sabía toda la historia, pero contaban que hacía milagros. Contaban que a un hombre ciego de nacimiento aquel Jesús le dio la vista. También decían que una vez un niño le regaló unos pececillos y unos cuantos panes, y con eso Jesús le dio de comer a 5,000 personas.

Lo más intrigante era que contaban que la misma gente a quien él ayudó lo había mandado a matar. La gente contaba historias de muchos magos y profetas, pero ninguna tenía un final tan trágico. Luego, después de que lo crucificaron y lo pusieron en la tumba, cuentan que mucha gente lo volvió a ver... ¡vivo! En Éfeso se habían visto muchos milagros, pero que alguien después de estar muerto tres días se le viera caminar y hablar, era un milagro que nadie estaba en condiciones de imitar.

En el puerto se sabía de algunos que contaban la historia de Jesús. Parece que estudiaban sus enseñanzas y la Torah.

Pablo, uno de los maestros, también trabajaba haciendo tiendas de campaña para vender, pero durante el calor del mediodía aprovechaba para enseñar. Se reunían al sur de la ciudad en el mismo local donde también enseñaba Tiranno, un maestro de filosofía.

También hacían milagros, especialmente Pablo. Era gente sencilla, no como los magos y milagreros que mientras más espectacular el milagro, más dinero pedían. Estos que hablaban de Jesús no eran así, no cobraban por sus servicios. Parecía que para ellos era mejor dar que recibir. No pedían dinero ni antes ni después de ayudar a la gente. Se parecían mucho a Jesús el Cristo, tal vez por eso todos les decían cristianos.

Lo que estos seguidores de Jesús hablaban era sorprendente. Hablaban del poder de Dios que resucitó a Jesús; luego decían que ese mismo poder daba vista a los ciegos, habla a los mudos y oídos a los sordos. Al final demostraban que era cierto, porque tocaban a los ciegos y estos veían, decían a los mudos que hablaran y hablaban. Proclamaban: «En el nombre de Jesús» y los sordos escuchaban el nombre de Jesús. A veces, a los enfermos y endemoniados la gente les llevaba pañuelos que habían tocado el

cuerpo de Pablo para que sanaran. Algunos creían, otros eran incrédulos.

Artemis, Artemis, Artemis.

En toda la ciudad se escuchaba, en toda la ciudad se veía. Artemis, el nombre de la diosa hija del gran Zeus. No había templo en el mundo como el de ella. Muchos cruzaban el mar, arriesgando su vida, con tal de llegar a Éfeso y contemplar el templo de Artemis. Otros llegaban por tierra, y se exponían a las bandas de ladrones que acechaban los caminos. A primera vista, daba la impresión que contemplar el templo de Artemis, aun a riesgo de morir, valía la pena.

Al entrar la noche, las 3,000 sacerdotisas que servían durante el día a la diosa bajaban del templo a las calles de la ciudad a satisfacer sus propias pasiones desordenadas. No eran más que mujeres dedicadas a la lujuria y la fornicación. Sin duda esta era otra razón por la cual tantos visitaban Éfeso.

Ni en la vecina ciudad de Mileto se había visto tanto comercio como el que ahora se veía en Éfeso. Tanto dinero, tantas novedades.

El puerto era un mosaico de telas, granos, especies, herramientas y gente. Mucha gente de lugares lejanos y fascinantes.

Los barcos mercaderes traían visitantes. Unos, simplemente curiosos, otros genuinamente deseosos de encontrar las respuestas a sus preguntas.

Impacientes, llegaban al majestuoso templo de Artemis. Escuchaban. Luego, en las plazas y en las calles veían algo de magia y hechicería. Ingenuamente, pagaban por oír de su suerte.

Algunos regresaban a sus tierras con el corazón lleno de falsas ilusiones. Otros, más sedientos, se quedaban en Éfeso buscando respuestas a nuevas preguntas. Todos aparentemente llenos. Pobres ignorantes, en realidad seguían vacíos.

—¡Déjenme! ¡Suéltenme! ¡Los voy a matar a todos!

Cuatro hombres trataban de sujetar a su amigo que constantemente sufría de estos ataques. Nunca lo habían visto tan enfermo. Su voz se volvía cada vez más profunda y demandante mientras brotaba de su labio inferior saliva con sangre.

Una niña estaba acurrucada en una esquina del cuarto. Veía no queriendo ver; oía no queriendo oír. La niña lloraba aterrada de lo que veía y en silencio sólo movía sus pequeños labios para decir: «Papá, papá».

Quería abrazar algo pero no encontraba qué. Sólo veía el rostro de su padre desfigurarse cada vez más. Era él, pero no era él.

—Papá.

Era como tratar de dominar a un animal salvaje. Pateaba, arañaba, mordía. Los hombres ya se estaban cansando. Los ojos del hombre se llenaban de sangre, se llenaban de ira al querer soltarse. Nada lo podía sujetar. Nada.

—¡Ya vienen!

—Mamá.

La niña levantó los brazos a su madre que entraba corriendo tropezándose con partes de muebles destrozados que quedaban en el suelo.

—Vienen detrás de mí —dijo la agitada madre quebrantada en llanto mientras levantaba del suelo a su hija.

—¡Suéltenme! —vociferaba el hombre envolviendo la cabeza y la espalda contra la mesa donde lo estaban sujetando.

—Ayúdenlo por favor —soltó un grito en llanto la esposa—. ¡Ayúdenlo!

Un grupo de hombres entró en la casa. Por su apariencia y su conversación probablemente eran judíos miembros de una familia importante de la región.

Uno de ellos se acercó al hombre y le dijo algo al oído.

Luego, dirigiéndose a los cuatro que lo sujetaban les dijo:

—Lo pueden soltar ahora.

—Suéltenlo... —volvió a decir—. Todo va a estar bien.

Con temor, los cuatro hombres soltaron al hombre que estaba sobre la mesa y se retiraron con rapidez y cautela sin perderlo de vista.

—Siéntenlo —dijo a sus otros seis hermanos que lo acompañaban.

La madre siguió llorando. Su esposo levantó el desfigurado rostro cubierto de sangre y saliva mientras los judíos lo sentaban.

Parados a su alrededor, empezaron a hacer algún tipo de ritual con oraciones en otros idiomas.

La esposa los había mandado a llamar pues tenían fama de curar enfermedades como la de su esposo.

De pronto, empezó a escuchar diferentes voces que salían de los labios de su esposo. Al responder las preguntas que los judíos hacían, su voz era diferente.

—Les ordeno en el nombre de Jesús, el que predica Pablo —decía el líder de los judíos con voz que iba subiendo de fuerza—. ¡Obedezcan!

La apariencia del hombre volvió a cambiar. Sin sonreír, soltó una carcajada mientras sus ojos se llenaban de ira. Su penetrante mirada examinó a todos los presentes. Y en su risa burlona la saliva brotaba de su garganta.

—¡Silencio! —le gritó el judío.

—¡Ja! Miren quién nos habla —respondió el hombre escupiendo a los pies del judío.

Los cuatro hombres que lo sujetaron al principio se echaron para atrás pegando sus espaldas contra la pared. No se le acercaron por miedo de ser atacados. Había algo en él, había algo. Su ira crecía.

—Mamá —lloraba la niña queriéndose tapar los ojos.

—¡Ayúdenlo! —gritaba la esposa abrazando más fuerte a su hija.

Con temblor en su voz el judío principal se dirigió al hombre.

—Les ordenamos... —su voz se quebraba—. Les ordenamos en el nombre de Jesús, el que Pablo predica, que salgan de este gentil.

Con la agilidad de un animal salvaje el hombre se puso de pie. Pateando muebles que habían en el suelo de la ya destrozada casa, se abrió paso para acercarse al judío. Cuando estaba frente a frente, le puso el dedo en el pecho.

—Conozco a Jesús —dijo con ira y burla.

Se sacudió y respiró profundo como quedándose sin aire.

Su voz se volvió más profunda y raspada.

—Lo conozco —siguió diciendo—, y a Pablo también conozco.

Sus ojos parecieron dar vuelta hacia atrás hasta quedarse blancos mientras espuma blancuzca brota-

ba de la orilla de su boca. Como si no tuviera control sobre su cuerpo, empezó a retorcerse. Haciendo sonidos como de serpiente, escupió en el piso otra vez.

—A Pablo lo respetamos, el poder del Altísimo trabaja a través de él. Pero... —su voz se volvía con autoridad malévola mientras más espuma salía de su boca—. Pero ustedes ¿qué son? ¡Ha! ¿Ustedes quiénes son?

Su tono era burlón.

Bramando como una bestia hambrienta se volvió para ver a todos los que estaban en la casa: su hija que lloraba en los brazos de su esposa, sus cuatro amigos que lo habían sujetado durante el día, los siete judíos, unos cuantos mirones asustados observando a través de la ventana.

—¡A ustedes no los conocemos! —gritó a los judíos.

Tomando del cuello al jefe de los siete judíos lo levantó como objeto ligero y lo lanzó contra sus otros seis hermanos.

Los judíos se levantaron del suelo e intentaron tomarlo entre los siete pero él pudo más. Los empezó a patear y a tirar alrededor de la casa rasgándoles los vestidos, hiriéndolos y haciéndolos sangrar.

Los judíos salieron corriendo de aquella casa como pudieron. Salieron sangrando, golpeados y desnudos.

Afuera, la gente corría aterrada por el escándalo y se escondían por temor a que el hombre los hiriera a ellos también. Estaban asombrados de que los demonios conocieran a Jesús y le temieron. También se asombraron de que habían oído de Pablo. Toda la gente hablaba de lo ocurrido.

Muchos entonces creyeron en Jesús.

«Muchos entonces creyeron en Jesús...» Esto es lo que sucede cuando, como Pablo, somos conocidos en el infierno. En cada generación, Dios levanta hombres y mujeres por medio de los cuales muchos conocen a Jesús. Esta no es cualquier gente.

Los judíos que llegaron a tratar de ayudar al pobre hombre endemoniado en esta historia registrada en Hechos 19 eran líderes. Habían sido educados en buenas escuelas, eran conocidos y tenían influencia en la comunidad. Como muchos cristianos de hoy, conocían los ritos, sabían qué hacer y qué decir, y tal vez hasta el tono de voz habían aprendido a imitar. Pero eso no fue suficiente.

Tú tal vez des dinero para el programa misionero, ores por el ministerio de evangelización, por supuesto que estás involucrado en el ministerio de alabanza, pero qué harás cuando te encuentres frente a frente con el enemigo. ¿Qué harás cuando fijando sus ojos en ti se burle y te diga: «A Jesús conozco, pero tú ¿quién eres?»

Hoy día, en esta generación, Dios está buscando a quienes se atrevan a no ser gente común y corriente. Hombres y mujeres que sus vidas sean más que cantar alabanzas, más que ofrendar para misiones, más que sólo ir a las sesiones del comité de evangelización.

Cuando sales de tu iglesia, cuando sales de tu casa, ¿qué pasa en el infierno? ¿Tiembla?

Dios está buscando a hombres y mujeres que cuando salen de su iglesia, cuando salen de su casa y ponen un pie en la calle, el infierno tiemble porque está siendo amenazado.

El diablo no tiembla porque cantas bien (¡o porque cantas mal!), el diablo no tiembla porque vas a la iglesia más grande de tu país. Él no tiembla porque estás involucrado en lo último de acontecimientos y modas cristianas, y definitivamente el diablo no tiembla sólo porque tú crees que eres más santo que los demás.

Es hora que esta generación de cristianos se levante.

Es hora que nos rebelemos contra Satanás.

Es hora que lo hagamos temblar.

Es hora que nos conozcan en el infierno.

Si quieres ser conocido en el infierno, sigue leyendo.

EJERCICIOS TÁCTICOS

Haz estos ejercicios antes de continuar al siguiente capítulo.

1. Piensa si has estado en circunstancias en que no has podido prevalecer sobre el enemigo. Si así fue, ¿por qué no pudiste prevalecer?

2. Pídele a Dios en oración que te permita desarrollar fuerza espiritual.

3. Prométele a Dios que vas a poner todo de tu parte para que seas conocido por la firmeza de tu vida espiritual.

4. Memoriza el siguiente texto bíblico:

   Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo, y estando prontos para castigar toda desobediencia, cuando vuestra obediencia sea perfecta *(2 Corintios 10.4-6)*.

Capítulo 2

En la lista de los diez más buscados

El humo amarillento era tan denso que todos tenían que hacer un esfuerzo por ver a través de él. El chillido de conversaciones sucias llenaba la sala de conferencias.

—Acabamos con ese individuo —decían unos riéndose a carcajadas.

—Pero la pareja, a la que ustedes no podían ni acercársele, yo la hundí —expresó otro.

Iba a soltar una risa, cuando la puerta se abrió tan fuerte que hizo temblar el mismo suelo donde todos los demonios estaban parados.

Todos se alejaron de la puerta gruñendo y chillando. Se deslizaban unos sobre otros forzando sus ligosos cuerpos entre los demás. Apiñados en una esquina de la sala, parecían un nido de serpientes.

Un par de grotescos personajes entraban por la puerta. Parecían gemelos. Los dos bajos de estatura, hombros grandes, cabeza pequeña. En su camino dejaban sudor amarillento con olor a podrido.

Se sentaron a la cabecera de una mesa metálica que estaba en el centro de la sala. Uno de estos abrió la boca y con las palabras más sucias llamó al resto que con miedo los miraban.

—Siéntense —les gritó el otro gemelo.

Como lagartijas asustadas, los demonios corrieron al momento. En segundos, estaban todos sentados alrededor de la mesa.

Uno de los gemelos se levantó de su silla y, arrastrando sus pasos, caminó por detrás de los demonios. Ninguno le quitaba la vista de encima.

Había silencio en la sala. Sólo se oía el ruido de las gárgaras que hacían al respirar.

La voz raspada rompió el silencio.

—Nuestro señor quiere resultados —dijo el gemelo, introduciendo su diminuta cabeza entre dos de los demonios—. Ha pasado mucho tiempo y esa gente no cae.

Con su torcido dedo señaló unos nombres que estaban grabados en la pared de piedra atrás de la cabecera de la mesa.

—Esos nombres están escritos allí para que no los olviden.

Extendió su brazo como rama de árbol deforme y sus tres dedos apretaron el cuello de uno de los demonios.

—Mi señor —dijo el demonio entre suspiros.

—¡Calla! —le gritó el gemelo apretándolo más.

—¡Temor! —gritó el otro gemelo que estaba sentado y continuó diciendo—, ¿por qué no has podido influenciar a esa gente?

—Mi señor, mi señor —Temor trató de hablar.

El gemelo aflojó su garra y escupiéndole en la cara le dijo que hablara.

—Mi señor... —repitió Temor tratando de tomar aliento—. Esa no es cualquier gente.

De reojo miró a Lascivia.

—Lo hemos intentado —continuó Lascivia, hablando lo más quedo posible—. Lo hemos intentado, pero creo que tendremos que ponerles algo que deseen más que...

El gemelo que estaba sentado se levantó, y poniendo el dedo sobre la mesa metálica gritó.

—¿Más que quién?

Lascivia quería hablar pero sólo espuma le salía de la boca.

Encorvándose de dolor con las manos en el estómago, Temor dijo:

—Más que Jesús, mis señores.

La respuesta hizo estremecer a los demonios. El gemelo que había preguntado arrastró su garra por

la superficie metálica de la mesa. El chillido de sus uñas rayando el metal parecía eco de las voces que los demonios dieron al oír el nombre de Jesús.

Blasfemando a Dios, el otro gemelo gritó callando a todos los presentes.

—Las personas de esta lista tienen que ser puestas bajo nuestro dominio. Han causado mucho daño. Nos han abatido, nos han reprendido. —Luego, mostrando unas heridas en sus muñecas y tobillos gritó—: ¡Y hasta nos han atado!

El otro gemelo tomó una tabla de madera que estaba sobre la mesa y dijo:

—He recibido órdenes de agregar un nuevo nombre a la lista ¿Quién se quiere hacer cargo de este cristiano? —dijo mientras veía el nombre que estaba escrito en la tabla de madera.

Un demonio se dirigió al gemelo y le dijo:

—Mi señor, todo depende de quién sea ese cristiano.

Con saliva en la garganta, el gemelo, leyó el nombre.

—¡Ese no! —gritaron todos.

—Yo lo he visto orar —dijo un demonio deforme que tenía enfermedades en todo el cuerpo.

—Tres veces lo intenté y tres veces resistió.

Yo allí no regresó —Interrumpió otro demonio gigante, pero cobarde como todos.

—La última vez nos dieron su nombre con la consigna de buscar, encontrar y destruir —gritó un demonio que respiraba profundo y rápido; logró la atención de todos—. Lo busqué. Lo encontré —hizo una pausa y dejó de respirar. Todos callaron—. Pero cuando lo quise destruir empezó a usar las palabras que están escritas en el Libro —volvió a dejar de respirar—. Y lo que es peor, no sólo no lo pude destruir sino que perdí a su novia.

Al decir esto, la voz del demonio se alzo en furia.

—Ya la había trabajado pero no tuve éxito —se puso de pie y pateó su silla. Se inclinó y la recogió. Levantándola sobre su cabeza la tiró sobre la mesa—, ¡y ahora ya ha llegado hasta aquí!

Todos movían la cabeza como estando de acuerdo.

El gemelo leyó entre sus colmillos el nombre que tenía en la tabla de madera.

—Va ser difícil —murmuró.

A sus espaldas estaba la lista. Tenía como título: «Los diez más buscados».

Debajo había sólo nueve nombres. Faltaba uno: el que estaba en la tabla de madera. ¿Qué nombre sería ese?

Tendría que ser el nombre de un cristiano cuyas obras y frutos tuvieran un efecto totalmente negativo contra el reino de las tinieblas. Tendría que ser el nombre de alguien que estuviera lleno del poder de

Dios. Tendría que ser el nombre de una persona que amara a Jesús más que a cualquier cosa o a cualquier persona. Tendría que ser el nombre de la persona que está leyendo este libro.

¿Podría ser posible?

¿Podría ser posible que tu vida sea de tal amenaza al reino de las tinieblas que tu nombre sea incluido en la lista de «Los diez más buscados» por Satanás y sus demonios? O acaso tu nombre está en la lista de «Los ya conquistados».

¿Eres uno de los objetivos más deseados por el enemigo en esta guerra espiritual? ¿O has servido para que algún demonio obtenga un trofeo, una medalla más en su pecho por haberte hecho caer en tentación?

¿Anda por allí suelto algún demonio fanfarroneando que te hizo caer y de tal manera que ya nunca te levantarás?

Yo no sé si en realidad los demonios se reúnen para evaluar la vida de los cristianos. Pero si lo hicieran, ¿qué dirían de ti?

¿Cuánta amenaza eres para el reino de las tinieblas?

EJERCICIOS TÁCTICOS

Haz estos ejercicios antes de continuar al siguiente capítulo.

1. Interrumpe un momento la lectura y piensa acerca de tu vida como cristiano.

   ¿Qué frutos estás dando?

   ¿Estás en «La lista de los diez más buscados» de Satanás?

2. ¿Cuándo fue la última vez que resististe la tentación y no cediste?

3. Memoriza 1 Corintios 10.12-13:

   Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga. No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar.

Capítulo 3

Asesinos te buscan

Había una vez un gobierno mundial que estaba oprimiendo a su gente. Era un gobierno malvado. Pero un grupo de rebeldes poco a poco estaba minando las estructuras de este gobierno.

Estos revolucionarios tenían un líder. Era un soldado, un guerrero que dirigía la insurgencia de una manera muy efectiva. Este guerrero les estaba causando grandes bajas al gobierno.

Como el gobierno no podía matar al líder revolucionario, decidieron mandar a un asesino al pasado.

Este asesino tenía como misión buscar, encontrar y destruir a la madre del caudillo rebelde. Si la madre moría, el gobierno se aseguraba de no tener el problema del revolucionario en el futuro.

Esta es la historia central de una película de ciencia ficción que salió hace algunos años y es precisamente lo que Satanás está haciendo hoy en día.

Ha despachado a una legión de sus soldados a buscar, encontrar y destruir los medios por los cuales ha de venir toda una generación de guerreros y

soldados que causarán bajas innumerables al ejército de tinieblas.

Esta legión que Satanás ha enviado tiene su objetivo bien específico. Su objetivo eres tú. Tu mente, tu corazón, tus órganos reproductores.

Tú llevas en tu cuerpo la capacidad de crear la amenaza más grande que Satanás conoce: Un siervo de Dios.

Satanás quiere pervertirte, quiere ensuciarte, quiere acabar con la posibilidad de que tu cuerpo sirva para traer un siervo de Dios a este mundo.

Quiere impedir que varones en toda santidad ayuden a concebir los líderes del futuro.

Quiere impedir que mujeres santas de Dios lleven en sus vientres a los próximos guerreros espirituales.

Debemos consagrar nuestros órganos sexuales y reproductores a Dios.

Si Satanás logra romper tu inocencia, si te logra derrotar, con mucha probabilidad puede evitar que un nuevo siervo de Dios nazca.

En Génesis 1, Dios le dijo al hombre: «Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra» (Génesis 1.28).

¿Te imaginas qué sería de Satanás y compañía si la tierra estuviera llena de siervos de Dios?

Tengo la sospecha de que Satanás sí se lo imagina. Y sabe que debe hacer lo posible para evitar que más siervos de Dios habiten la tierra.

La basura de la filosofía barata moderna que propone mucha de la música secular ha engañado a muchos.

Yo puedo entender que jóvenes que no poseen valores cristianos se dejen engañar por estas mentiras. Pero es triste que jóvenes cristianos tontamente se dejen envolver por la filosofía de la época y crean sus mentiras.

La fórmula con la que nos están queriendo engañar es:

HACER EL AMOR = SEXO

Hacer el amor no es igual a sexo.

Si quieres saber lo que es realmente hacer el amor no escuches las tonterías de la radio, mucho menos tomes como punto de referencia tu telenovela preferida. Esos payasos que cantan y actúan esta filosofía de «hacer el amor» no han hecho nada más que engañarte.

> Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos *(Juan 15.13)*.

Eso es en realidad hacer el amor:

Jesucristo es el único que sin lugar a dudas ha hecho el amor: cuando puso su vida por la nuestra.

Dos personas que se aman no necesitan tener relaciones sexuales para demostrarse su amor.

«Dame, dame, dame...» dicen las canciones en la radio.

«Dame, dame, dame si no me he de morir...»

Están engañados. No saben que el amor no es pedir. El amor es dar y compartir.

Si alguien, hombre o mujer, te pide relaciones sexuales con la excusa de «hacer el amor», esa persona en realidad lo que quiere es tener relaciones sin amor.

La publicidad, la música, el cine, la televisión han reducido el amor a un acto físico de sexualidad. Han reducido a la mujer a un objeto para satisfacer el salvajismo del hombre. Y han reducido al hombre a un troglodita que no puede dominar sus instintos salvajes.

Nosotros somos más que eso. El amor es mucho, muchísimo más que eso.

En 1 Corintios 6 el apóstol Pablo nos dice que pertenecemos a Dios, que fuimos comprados. Él pagó un precio muy alto por nosotros: la vida de su Hijo.

> Glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y vuestro espíritu los cuales son de Dios *(1 Corintios 6.20)*.

No te dejes engañar. Tu pureza sexual no depende de tener relaciones sexuales o no, ni de qué tan cerca hayas llegado a ellas. Tu pureza sexual depende de lo que está entrando por tus ojos, por tus oídos,

tus sentidos. Una vez que pasa de allí, entra a tu corazón.

Quizás digas que lo que ves y lo que oyes no te afecta.

Pero, ¿cómo te vistes? ¿Qué bebida refrescante deseas tomar cuando te da sed? ¿No están tus gustos de vestir o beber afectados por lo que has visto?

Si lo que perciben tus sentidos no afectara tus decisiones, no existiría la publicidad.

Cómo puedes glorificar a Dios con tu cuerpo si constantemente te estás exponiendo adrede a la basura que te dice lo contrario.

Tampoco puedes glorificar a Dios con tu espíritu si deseas unir tu cuerpo con alguien más fuera del matrimonio.

Escribí un canto cuya letra dice:

Sólo de ti, yo quiero ser, amarte sólo a ti, sólo a ti, Señor.
Sólo de ti, yo quiero ser, guardarme para ti, sólo para ti Señor.

Debemos guardarnos para Dios, para su servicio.

El capítulo 29 del segundo libro de Crónicas nos narra la historia de cómo el rey Ezequías restauró el templo que su padre Acaz había execrado.

Al final del proceso de restauración, los sacerdotes prepararon y santificaron «todos los utensilios que en su infidelidad había desechado el rey Acaz...» y los pusieron delante del altar de Jehová *(2 Crónicas 29.19)*.

El templo había sido usado para orgías y borracheras. Todos los utensilios que estaban en el templo los habían usado para los sacrificios a los dioses paganos.

El mismo rey Acaz había sacrificado a sus propios hijos quemándolos en el altar de sus dioses.

Aun así, después de que los utensilios fueron usados para execración, estos fueron santificados y volvieron a servir para lo que fueron creados y dedicados.

Tu cuerpo está hecho para glorificar a Dios. Tus órganos sexuales y reproductores son utensilios para la obra de Dios, para gloria y honra de su nombre.

Satanás ha ensuciado todo lo que tiene que ver con eso tan hermoso y de tanta trascendencia que es el sexo.

Yo no sé cual sea tu situación. No sé si necesitas restaurar el templo donde hoy habita el Señor, tu cuerpo. No sé si los utensilios que fueron creados, diseñados y santificados originalmente para la gloria y honra de Dios han sido usados para deshonra de su nombre.

Hoy es hora de dedicar, santificar y poner en el altar de Jehová nuestro cuerpo, no sólo como templo del Espíritu Santo sino como utensilio para engendrar y criar siervos de Dios.

Tú eres el objetivo de los asesinos que Satanás ha enviado. No entregues tu cuerpo a deshonra. Piensa de lo que serás capaz en el futuro con tus hijos. Tú no sólo puedes arruinarle el presente a Satanás, también puedes arruinarle aún más su futuro.

Cuando yo le pedí a Any, mi amada esposa que se casara conmigo, nos arrodillamos donde estábamos. Allí le pedimos al Señor que usara nuestros cuerpos, nuestro futuro hogar y nuestras vidas para engendrar, criar y preparar a futuros siervos de Dios.

Yo sé que ese día los demonios temblaron porque ahora no sólo nos tenían a nosotros en contra, sino que pronto se las verían con nuestros hijos.

Guárdate para el Señor. Eres una espada envainada en espera de ser sacada por el Varón de Guerra. No gastes tu filo antes de tiempo. La satisfacción momentánea de pasiones desordenadas no se comparan con el sabor de la victoria sobre tus enemigos.

Guárdate. Que te conozcan en el infierno por tu pureza, por tu santidad de vida. Que se sepa que resistes la tentación. Que estás guardando tu cuerpo para glorificar a Dios.

EJERCICIOS TÁCTICOS

Haz estos ejercicios antes de continuar al siguiente capítulo.

1. Lee 1 Corintios 6.12-20.

2. Prométele a Dios que te vas a guardar para Él.

3. Escribe en un papel la frase «Glorificaré a Dios con mi cuerpo» y ponla en tu espejo para que la leas todos los días.

4. Memoriza *1 Corintios 6.18-20:*

   Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornica, contra su propio cuerpo peca.
   ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?
   Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.

Capítulo 4

Saca tu navaja y córtate

Cada fin de semana salía temprano y manejaba en su camioneta treinta kilómetros para llegar al bosque. Allí cortaba los troncos de árboles que usaría para construir una cabaña en medio de un hermoso paisaje. Se la quería regalar a sus esposa para su aniversario.

Con mucho esfuerzo, después de cada semana de trabajo, con gran diligencia se dedicaba a su cabaña.

Una mañana llegó al bosque, sacó sus herramientas y empezó a trabajar. Encontró un árbol perfecto.

El profundo silencio del bosque se rompió con el arranque de su sierra movida por gasolina. No había nadie por kilómetros a la redonda, y a ninguno le molestaría el ruido.

Sin esperar más, empezó a cortar el árbol. Su sierra cortaba rápidamente adentrándose en el costado del árbol. Cuando iba por la mitad, el tronco empezó a mecerse. El peso del árbol quebró el pedazo de tronco que faltaba por cortar.

El árbol cayó inmediatamente quebrando ramas y otros árboles.

«¿Qué pasó?», se preguntó al despertar.

El árbol lo había derribado y una rama le había dado un fuerte golpe en la cabeza.

No había estado inconsciente ni un minuto, pero sí lo suficiente para desubicarlo completamente.

Cuando se quiso mover sintió un dolor agonizante que le subía de la pierna al resto del cuerpo.

Tomando todas las fuerzas que tenía, levantó la cabeza para ver qué provocaba su dolor.

Un escalofrío corrió por su espalda al ver que una de sus piernas estaba atrapada debajo del grueso tronco del árbol. Podía ver el hueso totalmente expuesto. Había sangre, mucha sangre.

Movió su otra pierna y con mucho dolor apoyó su pie sobre el tronco. Con todas su fuerzas quiso empujar el árbol, pero lo único que logró fue apartar más su cuerpo del resto de su pierna. No sólo era insoportable el dolor, sino que él sabía que ese tronco no se iba a mover.

Desesperado, empezó a gritar con la esperanza de que por casualidad alguien lo oyera, pero tam-

bién sabía que no había nadie cerca de donde se encontraba.

«Tengo que hacer algo», pensó. «Me voy a desangrar si no actúo».

Intentó quitarse la camisa de franela que llevaba puesta. La pensaba usar para hacerse presión con ella en la herida de la pierna. Pero cada movimiento sólo rasgaba más la piel y los músculos de su pierna. El dolor lo había inmovilizado.

No podía ver pero podía sentir su sangre caliente correr por la fría orilla de su pierna. Sabía que estaba perdiendo mucha sangre y sabía que pronto moriría.

Pensó en su esposa y la cabaña que le quería regalar. No la iba poder terminar, no la iba poder regalar.

Poco a poco perdió la sensibilidad en su pierna. Empezó a sentir un lejano cosquilleo en la espalda.

«Tengo que salir de aquí», se dijo a sí mismo.

«No me puedo quedar, no me puedo quedar».

Otro escalofrío corrió por su cuerpo. Esta vez no era de dolor. El escalofrío lo causó una idea que no sabía si era de Dios o de una mente agonizante.

Como pudo, sacó su navaja de su pantalón. La abrió.

A su mente vinieron imágenes de cuando era niño y cómo su papá cada otoño lo llevaba a cazar venados y conejos. Recordó cómo su padre le enseñó a destazar lo que habían cazado.

«Tengo que hacerlo. ¡Tengo que hacerlo!», gritó como dirigiéndose al mundo entero.

Poco a poco empezó a cortar los músculos que rodeaban el hueso de su pierna.

Lo hacía con rapidez. La sangre hacía que su mano se resbalara sobre el mango de la navaja.

Él no sabía si le dolía o no. Él sólo quería vivir. Cuando llegó a la mitad del músculo sintió como si fuego corriera de su pierna a todo su cuerpo.

«¡Aaaah!» Su dolor se escuchó por todo el bosque.

Se desangraba aún más. Sacando fuerzas de donde no tenía, agilizó el corte hasta llegar al último pedazo de piel.

Tiró su navaja. Puso sus manos en el suelo y empujándose con su otra pierna se arrastró hacia atrás. Con horror vio como el pedazo sobrante de su pierna quedaba atrapado bajo el árbol.

El resto de su cuerpo quedó libre.

Al ver la sangre y el interior de su pierna expuesta, se sintió desmayar.

«Tengo que salir de aquí», se empezó a repetir a sí mismo. «Tengo que salir».

Con mucho esfuerzo se quitó la camisa de franela y se la puso al final de la pierna. Con las mangas logró hacerse un torniquete para detener la pérdida de sangre.

Poco a poco, casi desmayado, empezó a arrastrase hasta su furgoneta. Pudo llegar con mucho esfuerzo. Con las últimas fuerzas que le quedaban manejó de regreso hasta encontrar ayuda.

Después de haber salido de una operación donde los doctores suturaron su pierna, la prensa lo entrevistó. La pregunta obvia fue la primera:

«¿Por qué se amputó la pierna?»

Esperando unos segundos, como queriéndole dar solemnidad a la respuesta, suavemente respondió:

«Si no lo hacía... hubiera muerto».

Esta es una historia real de un hombre que tuvo que hacer un sacrificio tremendo para continuar viviendo.

Colosenses 3.5 empieza con las palabras «Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros...»

La idea en este texto es la del hombre en nuestra historia. Cortar, con mucho sacrificio si es necesario, lo que nos puede causar la muerte.

> Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría *(Colosenses 3.5)*.

Tú conoces tu vida. En lo íntimo de tu habitación medita qué es lo que tienes que «hacer morir».

Tal vez debas renunciar a una persona que amas. Tal vez debas olvidar tus sueños y planes. Tal vez tu dinero te estorba. O tal vez debes dejar un ministerio.

Por mucho sacrificio que tome, córtalo y déjalo. Que Jesucristo sea el Señor de tu vida. No puedes darle a Jesús sólo parte de tu vida y quedarte dominando el resto.

Tienes que cortar lo que te está deteniendo para hacer de Jesús tu Señor. Tienes que cortarlo, hacerlo morir y dejarlo, para que resucite.

Muchos se niegan a destruir hábitos, costumbres, deseos y pasiones que no honran a Dios.

Es muy posible que tú hayas visto la mano de Dios en tu vida y su poder en acción, que hayas sentido su amor y su presencia. Pero aún así has llegado a un punto donde sientes que lo estás perdiendo todo.

Quizás hay algo en tu vida que no le has entregado aún al Señor para que lo controle. Tal vez cuando oras le dices «Señor», pero en realidad no es tu Señor.

Colosenses 3 menciona una lista de cosas que tenemos que «hacer morir» y que tenemos que «dejar». Medita en cada una de ellas y en oración pídele al Señor que te ayude a dejar lo que Él te pida.

v. 1 «Buscad las cosas de arriba».

Esfuérzate más por tu relación con Dios que con cualquier otra persona.

v. 2 «Poned la mirada en las cosas de arriba».

Pregúntate y medita: ¿Dónde viviré la mayor parte de mi vida?

Si la mayor parte de tu vida la pasarás en el cielo, ¿por qué te preparas más para esta vida?

v. 5 «Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría».

- Fornicación = Relaciones sexuales ilícitas
- Impureza = Suciedad de pensamientos, palabra o acción
- Pasiones desordenadas = Sentimientos o deseos incontrolables
- Malos deseos = Anhelos corruptos hacia todo
- Avaricia = El deseo de tener más. Pensar que las personas y las cosas existen para uno. Se relaciona con la idolatría porque pone el deseo personal antes que a Dios

v. 8 «Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca».

- Ira = Sentimiento profundo de enojo
- Enojo = Explosión incontrolable de ese sentimiento
- Malicia = Espíritu que induce a hacer maldad al prójimo
- Blasfemia = Palabras de insulto contra Dios o contra el prójimo
- Palabras deshonestas = Abuso con la boca

Ahora saca tu navaja y corta lo que debes cortar. Te dolerá, pero vivirás. Porque o bien le das a Jesucristo todo, o de lo contrario no le das nada.

¿Cuántas veces al día pronuncias la palabra Señor cuando oras? ¿Cuántas veces pronuncias la palabra Señor cuando cantas? «Señor» sale tan fácil de tus labios como si estuvieras repitiendo algo de memoria. Lo puedes decir sin ninguna responsabilidad.

La palabra Señor significa «autoridad máxima». En otras palabras, si Jesucristo no es la autoridad máxima en tu vida, no lo puedes llamar Señor.

Sé que con facilidad afirmarás que Jesucristo es tu máxima autoridad; pero si ves tu escala de valores a la luz de la palabra de Dios, tal vez empieces a cambiar de opinión.

Cuando verdaderamente Jesucristo es tu Señor, sólo Él rige tu vida. Examina si has guardado algo para ti, o si te has quedado con algo. Muchas veces decimos que le damos todo a Dios, pero muchas veces aún queda algo para nosotros. Con los ojos llenos de lágrimas le decimos en cantos a Dios que le damos nuestra vida, pero realmente no se la queremos dar.

Quieres que Jesucristo te dé prosperidad pero no quieres que sea Señor de tu dinero. Quieres que Jesucristo satisfaga tu vida emocional, pero no quieres que sea Señor de tu noviazgo u hogar. Quieres que te dé oportunidades en la vida, pero no quieres

que sea Señor de tu carrera o profesión. Quieres que te dé vida, pero no quieres que sea el Señor de tu tiempo. Quieres que te dé salud, pero no quieres que sea el Señor de tu cuerpo.

Jesús quiere ser Señor de tu hogar. Quiere acceso a la biblioteca de tu mente, al comedor de tus apetitos y a la sala de tus relaciones.

Jesucristo te dará todo, el día que tú le des todo.

EJERCICIOS TÁCTICOS

Haz estos ejercicios antes de continuar al siguiente capítulo.

1. ¿Qué aspectos de tu vida aún no le has entregado a Jesús?

2. Dedica tiempo para darle a Dios esas partes de tu vida. Ríndele a Jesús el control de tu vida.

3. Memoriza Colosenses 1.15-19:

   Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten; y Él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, Él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en Él habitase toda plenitud.

Capítulo 5

Dirige una escoba

«Sobre la faz de nuestra tierra se mueve el Espíritu de Jehová. Y postrado en un volcán llorando está; al ver que, aunque hay muchos seguidores de Jesús, nuestra tierra vive en tinieblas por la ausencia de luz».

«Nuestras calles caminó y con nuestra gente habló. Por Su iglesia preguntó y sin respuesta quedó pues aunque los cantos y los aplausos se hacen oír, el mundo ni sabía que la iglesia estaba allí».

Son palabras que forman parte de una canción que escribí.

Domingo a domingo nuestras iglesias se llenan. La tristeza es que muchos van sólo porque es domingo. Muchos llegan a hacer cosas en público que nunca hacen en privado.

«Que vean que levanto mis manos, que vean que me quebranto, que aplaudo y grito: Gloria a Dios».

Luego la semana empieza y se olvidan de Dios y del compromiso que tienen con Él. Viven como la gente que no tiene a Dios.

El diablo se preocupa por los que están comprometidos. Se preocupa de aquellos que cada día viven para Dios. No de los que cada ocho días viven para su iglesia. Se preocupa de los que cada día escuchan a Dios, no de los que sólo escuchan a su pastor cada domingo. Se preocupa de los que a diario caminan las calles predicando el evangelio, no de los que cada domingo sólo se sientan a escuchar el evangelio.

No se preocupa por los cristianos que domingo a domingo van a la iglesia esperando ser «llenados», como si la iglesia fuera una gran estación de gasolina. Esta clase de cristianos no representa amenaza porque sólo los domingos entran en una comunión con Dios, y muchas veces fingida.

Satanás ha logrado mantener ocupada a la iglesia en discusiones vanas. Mientras los que no danzan critican a los que sí lo hacen y mientras los que levantan las manos critican a los que no lo hacen, el diablo se lleva a nuestra juventud.

«Desecha las fábulas profanas y de viejas» (1 Timoteo 4.7). Deja que los demás discutan como viejas, y tú vive día a día con Dios, por Dios y para Dios. Que lo que llegues a hacer en público en la iglesia sólo sea un resultado de lo que a diario haces en privado.

Muchos están cómodos en sus iglesias. Aman su iglesia como organización y a su pastor como líder. Eso no es malo. El problema es que no aman a Jesús. Si lo amaran lo obedecerían.

Muchas iglesias cantan «Firmes y Adelante» como si estuvieran yendo a alguna parte. Sin embargo, siguen en el mismo lugar de siempre.

Jesús no nos mandó a sentarnos cómodamente en las suaves bancas de nuestra iglesia a contemplar la belleza de nuestro templo. No nos mandó a caminar los pasillos de nuestros santuarios teniendo conversaciones sin sentido con aquellos que llamamos hermanos.

Sí nos llamó a la comunión. Sí nos llamó al estudio de su Palabra y a participar en la unidad del cuerpo. Desafortunadamente muchos se excusan en esto para no vivir y trabajar día a día para el Señor.

Muchos seminarios teológicos, institutos bíblicos y escuelas cristianas gradúan cada año a cientos de jóvenes y adultos llenos de conocimiento teórico pero ignorantes de cómo trabajar en la obra. Conocer mucho de la Palabra de Dios sin conocer al Dios de la Palabra siempre produce orgullo, orgullo que lleva a saber bien su doctrina sin hacer nada con ella.

Dios no te va a pedir cuentas de «cuánto sabes». Te va a pedir cuentas de «cuánto obedeces» lo que sabes.

Para que el mal prevalezca, todo lo que la iglesia del Señor tiene que hacer es cruzar los brazos. Cuando el hombre de bien cruza los brazos, está contribuyendo con el mal. ¿Están tus brazos cruzados? ¿O están puestos sobre el arado? Esta generación de

cristianos es responsable de esta generación de almas.

Al final de las predicaciones y de los momentos de adoración, los altares se llenan con jóvenes que en llanto dicen: «¡Jesús, úsame!»

Pero luego como niños asustados se esconden detrás de las cuatro paredes de su iglesia. Quieren ser sal pero no salen del salero.

Quieren que Dios los use donde «ellos» quieren. Quieren «servir» donde otros los sirvan a ellos. Todos quieren predicar, cantar, grabar, danzar y viajar, pero nadie quiere lavar. Nadie está dispuesto a lavarle los pies a nadie, excepto que sea una persona conocida e importante.

Todos quieren estar en la plataforma, pero nadie quiere limpiarla. Todos quieren tocar los instrumentos musicales pero nadie quiere cargarlos.

¡La unción que ves en las personas que Dios ha usado para tocar tu vida no les vino por su bonita cara! Eso viene por la misericordia de Dios y por el diario caminar que ellos tienen con su Padre Celestial.

Todos quieren ser como el rey David: músico, compositor, cantante y escritor. Quieren ser muy popular. Quieren ser como el que mató al gigante, pero no quieren ser como el que cuidó ovejas.

Mucho antes de que David fuera famoso, antes que matara a diez mil, antes que lo conociéramos

como el «músico cristiano más famoso», David era tan sólo un pastorcito de ovejas.

Leyendo el primer libro de Samuel en el capítulo 16 podemos darnos cuenta de cómo Dios escoge a los que le sirven.

Dios le dijo al profeta Samuel. «Me he provisto de rey» (v. 1). David tendría unos quince o dieciséis años, pero Dios ya le tenía un lugar en su obra. Dios sabía que David era un adolescente, y, a diferencia de muchos hoy en día que no dan ni un centavo por los adolescentes, Dios confió en uno y lo escogió para que fuera rey.

Tal vez te han dicho que «eres muy joven», que «todavía te falta», que «cuando madures más...» Eso me lo dicen a mí desde que tengo doce años y, ahora anciano, lo sigo oyendo. Sin embargo, ninguna de esas opiniones puede cambiar el hecho de que Dios ya me escogió y tiene un lugar para mí en su obra. Lo mismo es contigo.

No te preocupe que te digan que «no estás listo». A Dios no le interesa si estás listo o no. Lo que le interesa es si estás dispuesto. De todos modos, lo más probable es que quien te diga esto es alguien que no quiere que le quites su lugar. Eso a ti no te debe importar. Si Dios te ha escogido, aunque no estés «listo», aunque «te falte» y aunque necesites «madurar más», Dios te va a usar en su obra.

El profeta Samuel llegó a la casa de Isaí. Éste tenía ocho hijos y uno de ellos iba a ser ungido por el profeta como rey.

El primero que pasó se llamaba Eliab. Este era alto y fornido como el rey Saúl, el que era rey en ese entonces. Se nos dice que Saúl era «hermoso... de hombros arriba sobrepasaba a cualquiera del pueblo» (1 Samuel 9.2).

Entonces el profeta ha de haber pensado que como Eliab era alto y fornido, y tal vez era diestro con la espada, el fuera el más indicado para ser el rey.

Pero Dios no piensa como nosotros, ¡qué bueno! Él no escoge mirando lo material como nosotros. Cuando el profeta dijo: «Este ha de ser», Dios le dijo: «No mires a su parecer, ni a lo grande de estatura, porque yo lo desecho, porque Jehová no mira lo que mira el hombre, pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira lo que está en el corazón» (1 Samuel 16.7).

Lo que hay detrás de nosotros y lo que hay delante de nosotros, no es nada comparado con lo que hay dentro de nosotros.

La diferencia entre un hombre de Dios y un hombre cualquiera es que este último se destaca en lo externo, mientras que el hombre de Dios se destaca en lo interno.

¿Qué es lo que hay dentro de tu corazón? Eso es lo que importa. Tus talentos, tus habilidades, tus

planes, aunque le interesen a tu iglesia, a tus amigos y familiares, no le importan a Dios. Lo que a Él le importa es tu corazón. Porque si tu corazón está bien, el resto también lo estará.

A todos les interesa cómo predicas, cómo cantas, cómo oras o cómo danzas, pero a Dios le interesa cómo lo amas.

Por eso digo: de lo que hagas el domingo no depende si Dios te usará o no. Depende de lo que guardas y meditas en tu corazón día a día.

Dios ve lo que está adentro, porque allí mora su Espíritu Santo.

Después de que siete de los hijos de Isaí pasaron en frente del profeta, Dios no había dicho nada aún.

Entonces Samuel le preguntó a Isaí: «¿Son estos todos tus hijos?» (v. 11). Entonces Isaí dijo: «Queda aún el menor». Ese era David.

¿Cuántas veces te has sentido «el menor»? ¿Cuántas veces te habrán dicho «no, todavía estás muy pequeño»?

Como cualquier humano, Isaí cometió un error: hacer de menos al más pequeño. Pero no se te olvide que la Palabra es muy clara: «De la boca de los niños y de los que maman, formaste la fortaleza» (Salmo 8.2).

Dios no necesita un gran guerrero. Todo lo que necesita es un niño. Dios no necesita a un «mayor». Usará a un «menor».

Isaí mandó entonces a traer al «más pequeño». Cuando llegó, este adolescente venía de cuidar ovejas. No te olvides que David cuidaba las ovejas de su padre.

Mientras sus hermanos mayores quizás estaban aprendiendo estrategia militar, el uso de la espada y de la armadura, David estaba cuidando ovejas. Un trabajo poco prestigioso.

David llegó sucio, oliendo a oveja. Pero aún así, adolescente y sucio, Dios dijo: «Este es al que yo he escogido».

No creo que David parecía muy prometedor. No ha de haber tenido apariencia de guerrero. El versículo 12 sólo nos dice que «era rubio, hermoso de ojos, y de buen parecer». Sin embargo, ese adolescente era el escogido.

Era el más pequeño, pero para Dios era el más grande.

David no tenía mucho que ofrecer. No estaba preparado para ser rey. Todavía no había ido a «estudiar» para ser ministro. Aún no asistía al «conservatorio de música» ni a la «academia militar». Lo que David tenía no era preparación. David tenía disponibilidad.

No creas que Dios te va a llamar por tus grandes talentos y habilidades. No creas que Dios te va a poner en lugar prominente sólo porque tienes preparación.

La mayor parte de las personas que sirven a Dios como misioneros en lugares lejanos y en condiciones poco agradables son gente muy preparada. Aunque se graduaron con honores de universidades y seminarios, no están en puestos prominentes. Sirven humildemente a Dios, sabiendo que podrían tener cualquier empleo que quisieran, y ganar mucho dinero.

Dios no te va a llamar porque estés preparado. Dios te va a preparar porque te ha llamado.

Luego dice el versículo 13 que el profeta Samuel ungió a David «en medio de sus hermanos; y desde aquel día en adelante el Espíritu de Jehová vino sobre David».

El profeta no le dijo a David: «Dios te ha escogido como rey y serás grande y famoso». El profeta sólo lo ungió, no le dijo nada.

Por donde quiera que voy me encuentro con jóvenes que me dicen: «Dios me habló, me mostró un ¡graaaaaaan! ministerio» y extienden su mano como abarcando todo el mundo. Nunca he oído decir: «Junior, siento que Dios me está indicando que limpie mi iglesia». «Que vaya donde la hermana Chonita, la viuda, y le limpie su casa». Siempre oigo grandezas, pero nunca oigo pequeñeces.

Neil Anderson, en su libro *Cuando andamos en la luz*, cuenta que en una clase de seminario que él daba, un alumno le dijo que en su iglesia no habían

oportunidades de servicio, a lo que Dr. Anderson respondió: «Por supuesto que las hay. Lo más probable es que estén rogando para que alguien enseñe a los muchachos del tercer grado». La reacción inmediata del alumno fue: «Cualquiera puede enseñar a los niños de tercer grado. Yo tenía en mente un puesto más alto». Neil entonces le replicó a su alumno: «¡¡Será tal vez un puesto dentro de la Trinidad!?»

Este es el problema. Siempre queremos un puesto más alto.

Dios escogió a David cuando David no era nadie. «Yo te tomé del redil, de detrás de las ovejas para que fueras príncipe» (2 Samuel 7.8).

David sabía que Dios tenía cosas grandes para él. Pero después de ser ungido regresó a cuidar ovejas.

Cuando el profeta ungió a David, este no se fue a sentar al trono. No empezó a decir con altanerías: «Yo sabía que Dios tenía cosas grandes para mí».

Humildemente regresó a las montañas palestinas a cantar, a escribir bellos poemas y, nuevamente, a cuidar ovejas.

Tú dices que estás listo, que Dios tiene grandes cosas para ti, sin duda las tiene. Pero tienes que regresar a cuidar ovejas.

Te llenas la boca diciendo: «Soy siervo de Dios», sólo porque predicas o diriges un ministerio. Pero eso no hace a un siervo. Sabrás que eres siervo por

la actitud que tomes cuando otras personas te traten como su sirviente.

La persona que Dios más utiliza es la que ha aprendido el secreto de pararse bajo la sombra de la cruz señalando a Cristo en lugar de señalarse a sí mismo.

Si no puedes dirigir una escoba, no puedes dirigir una multitud en alabanza. Si no puedes orar en lo secreto de tu cuarto, no puedes orar por los enfermos y esperar que sanen. Si no alabas a Dios con tu vida diaria, no lo puedes hacer con tus labios los domingos.

¿Quieres ser un guerrero? Cuida ovejas. ¿Quieres ser ¡graaaaaaande! en el reino de Dios? Cuida ovejas. ¿Quieres ser usado por Dios? Cuida ovejas.

¿Quieres ser conocido en el infierno? Cuida ovejas. No puedes gigantes derribar si ovejas no aprendes a cuidar.

EJERCICIOS TÁCTICOS

Haz estos ejercicios antes de continuar al siguiente capítulo.

1. ¿Qué cosas estás haciendo por el Señor aparte de ir a la iglesia los domingos?

2. Dispón tu corazón a Dios para servirle.

3. Memoriza Hechos 20.24:

> Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios.

Capítulo 6

Heme aquí: ¿Quién irá?

Llegamos —le dijo en inglés el oficial de la Cruz Roja—. Aquí estará segura. Mañana temprano llegarán los franceses con el hospital.

Ella se bajó del *Jeep* pintado con la cruz roja sobre fondo blanco y caminó el terreno rocoso hacia una pequeña tienda de campaña hecha de madera vieja y tela rota.

—En la noche el aire aquí es muy frío —le siguió diciendo el oficial—. Le presento a Kaya. Él es nuestro traductor a los kurdos.

Un hombre barbado de mediana estatura salió a recibirlos y en reverencia agachó la cabeza.

—Buenas tardes —le dijo ella en francés.

Kaya no le contestó, sólo volvió a agachar la cabeza.

—Nunca sabemos si no le contestan a las mujeres por respeto o porque una mujer en esta cultura es poco más que un objeto —dijo el oficial.

El viento soplaba fuerte y el sol quemaba.

Por estas regiones el clima era así. Las montañas no tenían vegetación. Sólo rocas talladas rústicamente por las fuertes tormentas de viento.

A unos metros pudo ver los centenares de hombres kurdos que estaban en el campamento de refugiados.

Eran muchos los que iban huyendo de la tiranía de Sadam Hussein. La Guerra del Golfo no había detenido las atrocidades hacia esta gente y ahora se refugiaban aquí.

—Bueno, tengo que regresar al campamento a recibir el cargamento de medicinas —le dijo el oficial—. Regresaré en unos días a verla una vez que esté instalado el hospital francés.

—Adiós —le contestó ella con algo de temor en su mirada—. Gracias.

Cuando vio que el *Jeep* se retiraba, sintió una angustia enorme. Volteó a ver a los cientos de refugiados y se dijo a sí misma:

—Por esto vine, por esto vine. Gracias Señor.

Tomó su poco equipaje y empezó a caminar hacia la tienda de campaña.

—Ninguno me dijo que iban a mandar a una mujer —le dijo en francés Kaya acercándose a ella y

continuó diciendo—. Tendremos problemas, muchos problemas.

Al llegar a la tienda de campaña ella se volteó y, recordando lo que le habían dicho acerca de la cultura, agachó su cabeza y le dijo a Kaya:

—Sólo vine a ayudar.

Su francés no era perfecto, pero evidentemente era mejor que el de Kaya.

—Señor, tal vez usted me pueda enseñar algunas palabras en kurdo —dijo esto tratando de ganar la confianza de Kaya.

El sol que estaba a su lado hacía relucir su bello rostro latinoamericano. Su piel, no muy morena y no muy clara, la asemejaba a las mujeres de esa región.

—¿De dónde eres? —preguntó Kaya.

—Soy de América —le dijo con una leve sonrisa.

—Ah, de los Estados Unidos —exclamó Kaya.

—No, soy de un país latinoamericano —le corrigió ella entrando a la tienda para poner sus cosas.

En el instante vinieron a su mente recuerdos de su país. El clima, el color, la gente. Sentía a su familia, a su mamá y a su hermano pequeño. De veras que los quería.

Ella sabía por qué estaba aquí. Desde que había salido de la escuela secundaria, a los diecisiete años, ella había sentido fuertemente el llamado de Dios a ser misionera.

Tuvo la oportunidad de obtener un buen empleo en el mejor banco de su país; pero no lo quiso tomar porque sabía que, aunque ganaría buen dinero, no era la voluntad de Dios.

Todos le decían que entrara a la universidad. Con su mente tan brillante podía terminar rápido cualquier carrera. Pero ella sabía que debía ir a la escuela de misioneros.

La decisión fue difícil, pero siguió la voluntad de Dios. Ahora no tenía un buen empleo, no tenía una buena profesión. Estaba al otro lado del mundo, lejos de su casa, su familia y sus amigos. Estaba en un lugar que ni los mapas nombraban, entre cientos de hombres que huían de una guerra. Allí estaba. Cumplía la voluntad de Dios.

—¿Dónde aprendiste francés? —le preguntó Kaya entrando a la tienda de campaña con ella.

—En una escuela, en Inglaterra —dijo mientras se sentaba en suelo rocoso del pequeño refugio—. Llegué allí hace algunos meses para prepararme para venir.

—¿Y también hablas inglés? —le interrumpió Kaya.

—Sí, un poco —contestó modestamente.

—Aquí las mujeres ni hablan —dijo Kaya—.

Después mientras salía de la tienda, volvió a decir:

—Vamos a tener problemas.

Ella se levantó y lo siguió. Llegaron hasta donde el campamento empezaba. Olía muy mal. Las condiciones de habitación eran las peores que había visto.

Sentía la mirada de los hombres sobre su cuerpo.

—Tengo veintitrés años —pensó—. ¿Qué estoy haciendo metida aquí?

En eso un hombre cerca de ella empezó a toser, estaba moribundo. Ella se agachó para ayudarlo.

El hombre se echó para atrás apartándose de ella.

—Dile que lo quiero ayudar —le dijo a Kaya.

Kaya sólo la miraba, por lo que insistió:

—Dile.

Kaya se agachó y le habló al hombre.

Ella tomó la cabeza del moribundo y se acercó. Se dio cuenta de la tremenda fiebre y del gran esfuerzo que este hacía por respirar.

—Va a morir si el hospital no viene pronto —le dijo a Kaya.

—Dicen que mañana vienen los franceses —contestó Kaya.

—Vamos a mi equipaje. Te voy a dar un jarabe que tengo allí. Quiero que se lo des a él hoy en la noche. Le ayudará a dormir.

Luego se levantó y caminó hacia la tienda de campaña.

Un grupo de hombres ya se había reunido alrededor de ella. Daban la impresión de no tener las mejores intenciones.

Kaya les dijo algo en kurdo y se apartaron.

Anochecía y estaba soplando un frío viento. Desde su tienda ella podía ver abajo unas cuantas fogatas ardiendo.

El ruido del viento golpeaba la tela rota de su refugio, ella estaba muy intranquila. Sintió miedo y comenzó a llorar.

Pensaba en lo sola que estaba, en su familia. Todo la entristecía más. Mientras lloraba ella empezó a decir:

—Señor, sólo te quiero servir. Prometí hacerlo, te quiero servir.

Con estas palabras poco a poco se fue quedando dormida.

De repente, no sabiendo qué pasaba, sintió que algo empujaba su espalda contra las rocas del suelo.

Sintió un tremendo peso y abrió los ojos. Aterrada vio el rostro de un hombre enfrente de ella. A sus lados habían otros.

Pensando que estaba soñando gritó.

Pero el terror corrió por su espalda cuando escuchó su grito. No estaba dormida.

Su grito terminó repentinamente con un duro manotazo sobre su boca. Su agresor volvió a pegarle.

Ella pudo ver con claridad el rostro del hombre mientras su cabeza rebotaba con las piedras de abajo multiplicando su dolor.

El hombre se levantó un poco y ella casi por instinto le dio una patada y lo arañó en la cara. Este, queriendo hacerse el muy valiente, sólo soltó un gemido. Le apretó las manos y se las quitó de su rostro. Las logró tomar con una mano y con la otra le empezó a pegar con ira.

Los hombres a su alrededor se reían y gritaban como celebrando.

—No. Por favor —suplicaba con llantos.

—¡No! —gritaba al sentir los duros golpes.

De pronto, dejó de sentir golpes en su rostro.

Algo parecido al fuego corría por sus costillas. La estaban pateando.

En menos de un segundo, por su mente pasó el momento cuando el director de la agencia misionera la llamó a su oficina y le mencionó acerca de la necesidad de que alguien fuera a predicar el evangelio a los kurdos.

En medio del dolor, de sus lágrimas y del sabor a sangre escuchaba perfectamente las palabras del director.

En ese momento pensó que la iban a violar y luego la iban a matar. Se desmayó.

Repetidas veces dolores agonizantes la despertaban sólo para ver hombres encima de ella y a su alrededor.

Una de las veces que despertó era de día. No había nadie. Se quiso mover pero no pudo. Prorrumpió en llantos.

—Señor, ¿por qué? —decía en sollozos—. ¿Por qué?

Volvió a desmayarse.

Otra vez despertaba al horror de ser violada.

Como la primera vez, vinieron a su mente las palabras del director de la agencia misionera.

—Si no encontramos un hombre, te enviaremos a ti. ¿Estás dispuesta?

El director le había explicado acerca de los soldados kurdos y su cultura. Pero alguien tenía que ir. Alguien les tenía que predicar.

Perdió el conocimiento. Empezó a escuchar bullicio y gente hablando. Su espalda le dolía. Despertó y abrió los ojos.

Sentía la hinchazón de su rostro. Los labios le ardían, estaban reventados. Se dio cuenta que estaba acostada sobre un catre militar y a su alrededor, por todas partes, había gente hablando francés.

El hospital francés había llegado, pero con dos días de atraso. La habían encontrado tirada desangrándose después de semejante tortura.

Ya llevaba cuatro días allí en el hospital. Un enfermero francés al verla despierta se acercó. Le tomó la mano y ella empezó a llorar amargamente.

Recordaba las veces en que despertaba de dolor sólo para darse cuenta que la seguían ultrajando.

No podía creer lo que le había sucedido. Pensaba que tal vez era un sueño. Pero sabía que había sido realidad. Lloraba con más amargura.

—Señor, yo te amo. ¿Por qué me pasó esto? —decía en su llanto—. Vine para servirte, para hablar de ti.

Las palabras apenas se entendían. El enfermero realmente no sabía qué hacer.

De pronto, en el catre contiguo a ella, un hombre empezó a tener convulsiones. El enfermero soltó la mano de ella y corrió para auxiliarlo.

Varios doctores llegaron con rapidez al lugar.

El movimiento hizo que ella volviera su rostro para ver qué sucedía. Observó que le inyectaban soluciones en la vena. Vio como varios doctores trataban de sostener el cuerpo del hombre.

Cerró los ojos y de una forma muy natural una oración brotó de su labios por el hombre de las convulsiones.

En ese instante, Dios le habló: «Haré grandes cosas a través de ti». Ella estaba segura que era la voz de Dios: «Ora por ese hombre, yo lo sanaré».

Abrió los ojos. La respiración se le detuvo cuando vio quién era el que estaba agonizando.

Su rostro lo tenía muy presente. Era el hombre que la había atacado primero.

Quiso sentir enojo, pero no pudo. Algo la atraía a aquel hombre.

Con mucho dolor en su cuerpo logró bajarse del catre. Se arrastró hasta la orilla donde estaba el moribundo; los doctores sorprendidos y perplejos le abrieron paso.

De rodillas, puso su mano sobre el pecho de su victimario y oró.

En seguida, las convulsiones cesaron.

Los doctores la ayudaron a regresar a su catre donde se quedó profundamente dormida.

A los pocos días, el hombre mejoró y los doctores le contaron sobre lo ocurrido. Se trataba de un oficial del ejército guerrillero kurdo y tenía mucha autoridad en el campamento de los refugiados.

Llorando, el hombre se dirigió a la misionera y de rodillas le pidió perdón. Le suplicó que le explicara a él y a los suyos cómo había podido hacer aquello.

Cuando su salud estuvo restablecida, ella les predicó el evangelio y cientos de kurdos aceptaron al Señor Jesucristo como Salvador. El testimonio de una mujer dispuesta a perderlo todo, literalmente todo, por su fe, salvó a cientos del infierno.

No es fácil encontrar esta clase de compromiso.

Los jóvenes quieren servir al Señor desde su cómoda y lujosa oficina una vez que sean profesionales.

Mientras ellos están ganando buen dinero como resultado de su esfuerzo y el de sus padres, los misioneros alrededor del mundo sufren por la causa de Cristo.

Otros hipócritamente se escudan diciendo: «Yo ofrendo», «doy de lo que gano». Y todavía se atreven a expresar: «Como dice la Biblia: "muchos son los llamados pero pocos los escogidos"».

¡Cobardes! Son tan escogidos como los que están dejando el pellejo en tantos lugares por hablar de Jesucristo.

Dios quiere que te eduques, que te prepares. En nuestros países latinoamericanos es una gran oportunidad poder graduarse de la universidad, pero no tomes eso como excusa para no seguir la voluntad de Dios y servirle sin ganar mucho dinero.

A menudo son los propios padres de familia la piedra de tropiezo para los hijos que desean servir a Dios. Con la excusa de que sus hijos «tienen que vivir de algo» les prohiben servir a Dios.

Lo que pasa es que quieren llenarse la boca al mencionar que sus hijos son graduados de la universidad. Pobres ignorantes; si no es la voluntad de Dios, mil títulos universitarios no harán nada por la felicidad de sus hijos. El aparente éxito será un fracaso eminente.

Aquellos que vivimos del ministerio apreciamos más lo que recibimos por fe que lo que recibimos como resultado del «sudor de nuestra frente».

Tal vez, en tu caso, Dios quiere que le sirvas como médico, como ingeniero, como abogado. No sé. Pero si no es así, estás dispuesto a perderlo todo por seguir su voluntad.

Tengo varios amigos que están terminando su carrera universitaria. Su mayor deseo es finalizar y luego servir a Dios como Él quiera.

A uno de ellos, Gabriel Barahona, que está terminando sus estudios de Arquitectura le pregunté: «¿Y si Dios te llama a otra cosa que no sea relacionado con la arquitectura?» Me respondió: «No importa, lo que anhelo es predicar. Aunque no ejerza mi profesión».

¿Qué va a pasar si una vez que termines tu carrera universitaria Dios te pide que le sirvas en algo donde no hay dinero ni «éxito»?

Si Dios te manda a tierras lejanas, ¿estás dispuesto a terminar tu vida allí hablando de Cristo? ¿O tú quieres hablarle de Cristo a los de tu país, los de tu profesión, los de tu círculo económico-social?

Dices: «Yo sirvo a Dios en mi iglesia» ¡Y qué! Si has sentido el llamado de Dios a sacrificarlo todo por servirle a Él y no lo estás haciendo, no importa lo que haces dentro de tu iglesia ni fuera de ella.

Mateo 10.37 es muy claro: «El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí».

Obviamente, aquí no te dice que odies ni deshonres a tus padres. Lo que te dice es que tienes que estar dispuesto a dejar lo que más amas, hasta tu familia, por la causa de Cristo.

Nuestro ejército está lleno de soldados muy bien preparados, con grandes habilidades y destrezas. Desgraciadamente la mayoría están atrás de las líneas de batalla con el resto de sus amigos y familia.

Aquellos que están al frente de la batalla están sufriendo bajas porque no hay suficientes soldados peleando a su lado.

Luego, algunos, después de algún congreso, campamento o conferencia, toman algo de valor y se van a pelear al frente. Al poco tiempo, regresan cobardemente a la comodidad del domingo por la mañana.

Al principio de este siglo, los misioneros que iban al África hacían un compromiso de por vida. No se quedaban gozando las riquezas de su tierra diciendo después de cada predicación: «Heme aquí, yo iré». No salían con excusas de que «voy a servir a Dios pero con el dinero que haga de mi profesión» o «voy a servir pero por un tiempo».

Ellos sabían que cuando decían: «Heme aquí, yo iré Señor» era por toda una vida. Lo tomaban tan en serio que sus pertenencias no las empacaban en cajas

o valijas. Las empacaban en ataúdes porque sabían que si acaso regresaban, lo harían muertos. Habían dedicado su vida entera, no sólo el domingo y unas cuantas tardes a la semana.

Uno de estos misioneros, llegó con su esposa y sus cuatro hijos a una aldea en el centro de África. Por mucho tiempo oró y batalló aprendiendo el idioma de la gente que vivía allí. Poco a poco empezó a ganar almas para Cristo.

Un día, su hijo más pequeño se enfermó y a los pocos días murió. Con mucho dolor lo enterraron un domingo en la mañana. Al poco tiempo, dos de sus tres hijos que le quedaban murieron también.

Hablaban con su esposa de regresar a su tierra. Pero él sabía que a pesar del sufrimiento, tenía que permanecer donde Dios lo había mandado. En medio de la tragedia, ¡muchos estaban viniendo a los pies de Cristo!

Su hija, enfermó y también murió. Sólo quedaban él y su amada esposa.

Un día, al predicarle al médico brujo de la aldea, este se arrodilló y recibió a Jesucristo como Salvador. Fue maravilloso pues el brujo había sido muy duro para recibir el evangelio.

Hablando con él, el misionero le preguntó:

—¿Qué te hizo cambiar de opinión y venir a Jesús?

—Lo que pasa es que desde que viniste algo me decía que tenía que lograr que te fueras de esta aldea.

Así que empecé a echarte maldiciones. Como eso no funcionó, fui y le pregunté a un viejo brujo que vive al otro lado del río. Él me dijo que poco a poco envenenara a tus hijos. Me dijo que cuando muriera uno de ellos, tú te irías rápido de aquí. Envenené a todos tus hijos. Los cuatro murieron y en lugar de acobardarte, nos tuviste más amor y te quedaste. Yo quiero lo que tú tienes.

Esa clase de jóvenes es lo que nuestra generación necesita. Esa clase de compromiso es la que Dios está pidiendo de ti. La vida en el ministerio es difícil y sacrificada. Aquellos que servimos a Dios sabemos que la vida te puede moler o te puede pulir, dependiendo del material con que estés hecho.

Si amas tu profesión o la profesión que tus padres te han dado más que a Cristo, no eres digno de Él. Si amas tus planes de éxito y superación más que a Cristo no eres digno de Él. ¡Mejor conviértete en budista o en cualquier otra cosa!

Es muy simple. Tu único compromiso en esta vida debe ser hacia Dios y su obra. Si buscas eso primero, en todo lo demás tendrás éxito. En otras palabras eso es lo que dice Mateo 6.33.

A Dios no le importa que te hayas graduado de la universidad si Él no te mandó allí. Tampoco le interesa que te hagas pastor si quiere que seas otra cosa.

A Dios no le importa cuánto dinero ofrendas si Él no te mandó a hacer dinero.

A Dios le importa que hagas su voluntad. Que cumplas tu compromiso de defender la fe y de engrandecer su obra donde Él te ha mandado.

Si en pobreza, hazlo en pobreza.

Si en riqueza, hazlo en riqueza.

Si es lejos, hazlo lejos.

Si es en tu país, hazlo en tu país.

Pero cumple tu compromiso.

No importa si la historia que cuento al principio de este capítulo es verídica o no. Si lo es, pronto lo sabrás y te seguirá retando a cumplir tu compromiso cueste lo que te cueste. Si no lo es, recuerda que muy bien podría ser cierta. Hay todavía algunos jóvenes dispuestos. Obviamente, en esta historia no habían hombres, pero había una mujer con valor y entrega total.

Si tantos jóvenes están diciendo: «Heme aquí, envíame a mí». ¿Por qué hay tanta escasez de siervos de Dios? Si tantos están diciendo «Yo iré», ¿por qué nadie está «yendo»? Las agencias misioneras no encuentran suficientes personas con el compromiso necesario para «ir» a otras tierras a hablar de Cristo.

Cualquiera puede decir: «Heme aquí, yo iré». Pero sólo el que está dispuesto a cumplir su compromiso puede empacar sus pertenencias en un ataúd. Hasta que no lo hagas, no estarás listo para decir: «Heme aquí, yo iré».

No preguntes si vas a regresar. Sólo ve.

EJERCICIOS TÁCTICOS

Haz estos ejercicios antes de continuar al siguiente capítulo.

1. ¿Dejarías todo por irte de misionero a un lugar lejano?

2. ¿Tomarías el lugar de la misionera que fue a predicar a los kurdos?

3. ¿Hubieras tenido la misma actitud?

4. ¿Estás dispuesto a comprometerte como el misionero que perdió a sus hijos en África?

5. Escribe en tus propias palabras el versículo que memorizaste en el capítulo anterior.

Capítulo 7

Lo que una vida genera

La siguiente historia, que es real, se desarrolla en México durante la invasión francesa en 1861.

La guerra había sido sangrienta. El ejército francés estaba ganando terreno y los mexicanos estaban sufriendo bajas.

En una batalla cerca del puerto de Veracruz, los mexicanos habían sido vencidos. Los franceses capturaron a un oficial del ejército mexicano y lo llevaron de rehén hasta el campamento francés.

Caminaron por las montañas hasta llegar al pueblo donde habían asentado su cuartel.

El oficial mexicano sangraba de sus tobillos y muñecas a causa de los oxidados y pesados grilletes que le habían puesto. Con una cadena lo halaban como si fuera un animal. Como no sabía francés, no entendía lo que le preguntaban. Sabía que a un

oficial enemigo capturado lo fusilaban. Lo que no entendía era la razón por la que lo llevaban.

El clima era de lo peor. Las noches eran húmedas y siempre llovía. Durante el día, el calor se levantaba y la humedad era insoportable. Al oficial mexicano no le daban agua.

Después de unos días llegaron al cuartel. Inmediatamente le quitaron los grilletes y lo encerraron en un cuarto convertido en celda.

Había suciedad en el suelo. En las noches las ratas caminaban buscando comida.

El oficial era un soldado de experiencia. Que una rata mojada lo despertara al morderle el pelo no era cosa nueva para él.

«¿Cuándo me fusilarán?», se preguntaba.

A los dos días abrieron la puerta de la celda. Pensó que tal vez traían a otro prisionero. Pero delante del resplandor de la luz del sol que lo cegaba, vio la silueta de un individuo que reconoció como un oficial del ejército francés. Un soldado lo escoltaba.

El oficial entró a la celda con el guardia y lo pudo ver mejor.

El mexicano estaba en el suelo con la mano delante de los ojos tapándose del resplandor.

Se dio cuenta que el francés era joven, alto y fornido.

El guardia que lo acompañaba dijo algo y escupió en el suelo. El oficial francés se volteó como llamándole la atención.

Sacándose la cantimplora, el oficial francés se agachó y se la acercó al mexicano.

La reacción del mexicano fue hacerse hacia atrás.

«A... agua», dijo el francés.

Se notaba que no sabía español. Tal vez alguien le enseñó a pronunciar la palabra.

El mexicano le arrebató la cantimplora y tomó agua desesperadamente. El agua le chorreaba por la cara y el cuello.

El oficial francés le quitó lentamente la cantimplora y se puso de pie.

Le empezó a hablar en francés. Por el tono de voz, el mexicano se dio cuenta que le estaba interrogando. Pensó que por fortuna no le entendía.

El francés le dijo algo al guardia y este salió de la celda.

Otra vez le ofreció la cantimplora al mexicano. Quedaba poca agua pero cada gota contaba.

El guardia regresó con los grilletes en la mano.

«Ahora me fusilarán», pensó el mexicano.

Con todas sus fuerza se puso de pie e intentó correr para salir de la celda. El oficial francés fue más rápido y lo detuvo con un puñetazo al hígado.

El mexicano cayó doblado al suelo.

El guardia se agachó y ajustó los grilletes a las manos y los tobillos heridos del mexicano. Lo pateó y le hizo señas para que se levantara.

El oficial francés lo haló de las cadenas como ayudándolo.

Cuando salieron de la celda, otros dos oficiales estaban afuera. Observando sus insignias, el mexicano se dio cuenta que los dos oficiales afuera eran de más alto rango y que el que lo sostenía era un teniente.

Algo discutían en francés.

—Déjenme fusilarlo a mí —le dijo el teniente.

—Lo sacaré y lo fusilaré afuera del cuartel para no ensuciar aquí —siguió diciendo.

—Está bien —le contestó un oficial—. Llévatelo y mátalo.

A esto, el mexicano no sabía qué estaba pasando. Él solo trataba de adivinar. Sabía que la muerte estaba cerca.

El francés haló al mexicano fuertemente y empezó a caminar.

Cuando llegaron a la puerta del cuartel, el teniente le pidió el fusil al guardia que lo acompañaba y le ordenó que regresara. El guardia obedeció.

Salieron del cuartel y el francés halaba con fuerza al mexicano.

Los oxidados grilletes abrieron nuevamente las heridas en los tobillos y en las muñecas del mexicano.

Mientras más se alejaban del cuartel, más suave halaba el francés. El mexicano no sabía por qué.

Después de diez minutos de caminar el francés se detuvo bajo un árbol y le hizo señas al mexicano para que se sentara.

El mexicano, pensando que era una trampa para pegarle un tiro en la cabeza, se quedó de pie.

—Siéntate aquí —le dijo en español quebrado el francés al mexicano—. No te vamos a morir.

—A matar —lo corrigió el mexicano y se sentó un tanto confundido.

—No parlo español bueno —comentó el francés mientras buscaba las llaves de los grilletes.

—De igual manera, no importa. Al fin y al cabo me matarás —contestó el mexicano.

—¿Agua? —le preguntó ofreciéndole la cantimplora.

—Para ser enemigo asesino estás raro, ¿eh? —manifestó arrebatándole con confianza la cantimplora al francés.

El francés sacó algo del bolsillo de la camisa.

—Ahora me vas a ofrecer cigarros.

—Cigarrets no —contestó el francés—. Quiero regalarte esto.

Le enseñó un pequeño libro negro que tenía en la mano.

—Para ser francés hablas bien el español —le dijo el mexicano.

—*Merci* —contestó agradecido.

—¿Qué es eso? —preguntó intrigado.

—No morirás —respondió el francés, asegurándole que no lo iba a fusilar.

—¡Corre rápido! —siguió diciendo.

—¿Quieres que me vaya? —le preguntó el mexicano tomando el librito.

—Promesa que vas a leer —dijo el francés empujándole el libro al pecho.

El mexicano abrió el libro y aunque no podía leer muy bien, leía lo suficiente para entender.

«El Nuevo Testamento», decía en la primera página.

Y con letra a mano y tinta negra estaba la inscripción: «Edelmir».

—Edelmir —leyó en voz alta y muy despacio.

—Mi nombre —respondió el francés, poniéndose la mano en el pecho.

—¿Te llamas Edelmir?

—Yo me llamo Alejo —continuó.

—Alé —repitió el francés.

—No, con «o» y sin acento, A-l-e-j-o —le deletreó su nombre.

—Alejo —repitió correctamente el francés.

—Sí, sí.

Los dos rieron.

Edelmir sacó sus llaves y le quitó los grilletes. Quitándole los grilletes, lo estaba dejando en liber-

tad. Dándole el Nuevo Testamento, lo estaba haciendo verdaderamente libre.

El mexicano vio el fusil recostado sobre una piedra y luego bajó la vista hacia sus manos donde estaba el librito.

La sombra del árbol daba frescura al lugar, pero el mexicano sabía que había algo allí que el no podía explicar. El oficial francés no era un soldado común y corriente. Había algo diferente en él. Había algo especial en su mirada. Era soldado, pero en su mirada no había odio, no había rencor.

—Todo, tienes que leerlo todo —le dijo el francés ya en otro tono, pero siempre con español quebrado y apretando las manos que contenían el libro—. Mi madre me dio para donar. —Siguió, empujándole el libro y las manos al pecho.

—Tu madre te dio esto, ¿no? —mencionó sorprendido mientras ojeaba el pequeño libro.

—Está bien —respondió el mexicano no muy seguro de lo que estaba ocurriendo.

—¿Promesa? —preguntó el francés.

—Te doy mi palabra de honor que lo leeré todo. Me salvas la vida, gracias —le siguió diciendo mientras guardaba el librito en la camisa rota.

El francés sacó un mapa sencillo del lugar y lo extendió.

—Esta es mi tierra, la conozco bien —dijo un tanto indignado el mexicano y se puso de pie y empezó a correr adentrándose en la montaña.

No había corrido mucho cuando escuchó un disparo.

Se detuvo y volteó a ver. El francés disparaba al aire, haciendo pensar a los del cuartel que el mexicano había sido fusilado. Sus miradas se cruzaron. Ya no eran enemigos.

El mexicano corría porque sabía que su vida dependía de eso. Sabía que en todo el territorio había franceses y que tenía que salir de ahí rápido.

Al día siguiente, Alejo amaneció cerca de un río. Como sabía que estaba en territorio seguro, tomó tiempo, aunque siempre cauteloso, para lavarse un poco.

Cortó fruta de un árbol que había cerca y se sentó. Pensó en lo afortunado que había sido. Luego recordó su promesa. En ese tiempo, la palabra de un hombre valía su vida misma. No como ahora.

Recogió su camisa que estaba en el suelo y del bolsillo sacó el librito.

Varias de las primeras páginas no se podían leer, especialmente las letras tan pequeñas. El agua, el sudor y la sangre habían hecho que mucho de la tinta se corriera.

«El Nuevo Testamento», el título apenas se veía en la primera página.

Luego se acordó de Edelmir, el francés que le salvó la vida. Su nombre aún se podía leer.

Lo revisó con más atención.

«Esto es parte de la Santa Biblia», pensó.

En ese tiempo la Iglesia Católica, como en otras cosas, había logrado que se prohibiera la lectura y la posesión de la Biblia por personas que no fueran sacerdotes, monjas o clérigos de la iglesia. Esto lo hacían para mantener en oscuridad al pueblo.

> 5.1. Viendo la multitud, subió al monte; y sentándose, vinieron a Él sus discípulos. 2. Y abriendo la boca les enseñaba, diciendo:

Estaba en el Evangelio de Mateo, en el capítulo 5. Alejo leía un poco lento, pero entendía bastante. Se preguntaba qué eran esos números antes de unas frases. Sin embargo, no se distrajo y siguió:

> 3. Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. 4. Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.

La imagen del fusil en las manos del francés volvió a su mente. Empezó a llorar.

Siguió leyendo. El Nuevo Testamento cautivó su corazón. Algunas cosas no las entendía. Era soldado, no estudiante de letras.

Para cuando llegó al capítulo 7, siempre de Mateo, algo estaba ocurriendo en su corazón.

Leyó: «21. No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos».

Cayó de rodillas.

«¿Te puedo llamar Señor?», decía entre su llanto.

«Hijo de Dios, ¿te puedo llamar Señor?» sus palabras se entrecortaban.

«Como dice lo que acabo de leer, yo quiero dar buen fruto, quiero ser un buen árbol», su llanto cesó por un instante.

Allí, con el río a su lado, debajo de árboles frondosos, en ese momento, Jesucristo entró al corazón de Alejo.

Algo sucedió. Se notaba diferente. Se sentía fresco, nuevo.

Levantó su rostro al cielo y dijo: «¿Qué me ha pasado?»

Se levantó del suelo, tomó el Nuevo Testamento, su camisa y empezó a caminar.

Él sabía que tenía que ir a algún lugar. No sabía a dónde.

Alejo quería saber más de lo que le había ocurrido. Quería más. Tenía como sed o hambre. Tenía que seguir caminando. Tenía que seguir buscando.

En el camino, se encontró con unos ancianos que cuidaban a una vaca.

—Buenas tardes, señores —dijo Alejo

—¿Cómo le va? —le contestaron.

—Busco ayuda —dijo Alejo—. Soy Alejo Espinoza, oficial del ejército de México.

—No —contestó el anciano—. Los del ejército pasaron por aquí hace unos días pero ya se fueron, señor.

El anciano no le había escuchado bien.

—¿No sabe donde encuentro una iglesia? —preguntó Alejo.

—¿Iglesia? —el anciano enfocó su mirada a la anciana que la acompañaba.

—Bueno, no exactamente —continuó Alejo sacándose el Nuevo Testamento del bolsillo.

—Quiero conocer a alguien que me enseñe sobre esto —y les mostró el Nuevo Testamento.

—No, señor. Por aquí no hay nadie que le pueda enseñar eso —dijo el anciano—. Hace un tiempo pasó un campesino del norte por aquí con esos libritos. Nos dijo que venía de Texas.

—Sí, creo que eso dijo —interrumpió la anciana.

—Texas —repitió Alejo—. Gracias, muchas gracias.

Alejo siguió su camino. Caminó varios días, siempre preguntando con cautela. No quería que sospecharan de él por estar llevando una Biblia en forma ilegal.

Llegó al norte y cruzó la frontera. Allí unos americanos le dijeron que fuera un poquito más al norte,

al poblado de Brownsville, pues allí había personas que se dedicaban a enseñar la Biblia.

Alejo llegó a Brownsville y conoció a unos misioneros cristianos que lo discipularon.

Se convirtió en un gran predicador. Trabajaba para sostenerse y predicaba en cada oportunidad que tenía. Estableció varias iglesias en el área.

También conoció a una bella mujer llamada Manuelita. Se casaron y tuvieron nueve hijos. Su esposa era una mujer de oración. Oraba por su esposo Alejo y por sus hijos. Siempre oraba para que sus hijos sirvieran al Señor.

No pedía riquezas para ellos, sólo pedía que fueran diligentes en hacer la voluntad de Dios.

A uno de sus hijos le dieron el nombre de Edelmiro, en honor a aquel joven oficial francés, Edelmir, que le salvó la vida dos veces.

Este hijo, Edelmiro Espinoza, fundó también varias iglesias y fue pastor por toda el área del norte de México. Además fundó un instituto bíblico, el Instituto Bíblico de México, en Toluca, México.

Se casó y con su esposa tuvieron seis hijos. Dos de ellos murieron siendo pequeños, antes de poder servir al Señor.

Quedaron cuatro hijos, tres varones y una mujer. Todos dedicaron su vida a la predicación y a la enseñanza.

Uno de ellos fue Héctor, un evangelista y maestro de Biblia muy querido por muchos hermanos. Murió en un accidente junto a su esposa, Tere. Los dos predicaban el evangelio de nuestro Señor.

Otro de sus hijos, H.O. Espinoza, fue líder de la Iglesia del Nazareno. De igual forma que su hermano, su padre y su abuelo, H.O. fue evangelista y maestro de Biblia. H.O. Espinoza murió de cáncer. Él también predicaba el evangelio de nuestro Señor.

Otro hijo que tuvo Edelmiro, el hijo de Alejo, fue Samuel. Samuel fue al seminario y ahora es pastor de una iglesia Metodista, en Estados Unidos. Samuel Espinoza también predica el evangelio de nuestro Señor.

Increíble. Todo por un joven francés que le entregó un Nuevo Testamento a un oficial mexicano.

Pero falta la hija, Beatriz. Se fue a estudiar a un seminario, en los Estados Unidos. Allí conoció a un joven guatemalteco con el que se casó. Juntos decidieron ir a Guatemala, y empezar un ministerio. Beatriz también predica el evangelio de nuestro Señor. Ella con su esposo, Virgilio, tuvieron dos mujeres y un varón. Las señoritas, Beatriz y Becky, se casaron y también predican el evangelio.

El varón se llama Héctor Virgilio, el que escribe estas líneas. Yo, así como mi madre, así como el padre de ella y así como el padre de su padre, también predico el evangelio de nuestro Señor.

Yo soy la cuarta generación en mi familia que está predicando las buenas noticias. Todo por la infinita gracia de Dios que le permitió a un soldado francés mostrarle amor y darle la Palabra a quien la necesitaba.

Cuando tú traes a alguien a los pies de Cristo, estás tocando cientos y miles de personas con el evangelio. Al predicar no sabes a cuántos él o ella a su vez les van a anunciar lo que recibieron de ti. No sabes cuántas generaciones estás afectando. Tampoco sabes cuántos se van a perder si no lo haces.

¿Qué hubiera pasado si ese oficial francés no le hubiera dado la Palabra a Edelmir? ¿Qué hubiera pasado si lo hubiera fusilado?

Tu tienes la responsabilidad

Cada generación en la historia ha sido un poco diferente a la anterior. Pero tú y yo estamos viviendo en una generación que es radicalmente diferente, que es totalmente única.

Los jóvenes cristianos tienen la responsabilidad de ofrecerle a su generación respuestas claras a las necesidades de sus vidas. El evangelio debe ser demostrado como un mensaje relevante, un mensaje de importancia y autoridad.

En muchas iglesias los grupos juveniles se están hablando a sí mismos. Crean programas evangelís-

ticos con música y predicación y los presentan en radios cristianas. Escriben textos para evangelizar y los venden en librerías cristianas. Desarrollan «graaaaaandes» campañas de evangelización y las hacen dentro de las frías paredes de la iglesia. Nuestro objetivo es el mundo, no nuestra propia iglesia.

Muchas iglesias se la pasan criticando a la juventud por su música, por su forma de vestir, por sus actitudes y por cuanta cosa que no les gusta. ¡Luego se asombran porque esta generación no les escucha!

¡Y quién va a querer escuchar a montón de gente criticona!

Esta generación no va a escuchar hasta que no les hablen con amor genuino. Si examinas con cuidado te darás cuenta que tus amigos y amigas te quieren oír, quieren saber de Jesús. Tal vez el profeta Amós estaba pensando en ti cuando escribió: «He aquí vienen días, dice Jehová el Señor, en los cuales enviaré hambre a la tierra, no de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová. E irán errantes de mar a mar; desde el norte hasta el oriente discurrirán buscando palabra de Jehová, y no la hallarán» (Amós 8.11,12).

Vuelve a leer estas palabras y medita.

Tu generación está hambrienta de la Palabra del Señor. ¿Se la estás dando?

¿Cuándo fue la última vez que le hablaste de Cristo a tus amigos? Si se van al infierno no va a ser

culpa de la iglesia ni del diablo. Si se van al infierno va a ser culpa tuya por no predicarles de Cristo.

¿Cuántas veces hablas de todo con ellos menos de Cristo? ¿Para qué crees que los cristianos estamos en esta tierra? ¿Para ir a la iglesia, a los campamentos y a los congresos? ¡No!

Mientras ocupas tu vida de todas estas actividades cristianas de gozo y alegría, tu generación se va al infierno.

Proverbios 24.11 dice: «Libra a los que son llevados a la muerte; salva a los que están en peligro de muerte». Tú estás tranquilo porque ya tienes «seguro contra fuego». Si mueres, te vas al cielo. Pero con qué cara vas a ver al Señor si a ninguna de las personas que te conocieron en este mundo le hablaste de Él.

Dios te ha puesto en contacto con la gente no para que les cuentes chistes, ni para que les hables del clima. No las puso en tu camino para «pasar un buen rato». Las puso para que les hables de Cristo.

Tal vez te da miedo o vergüenza. Entonces tal vez no te deberías llamar cristiano.

¿Cuánta gente va a resultar en el infierno por culpa tuya?

¿Cuántos estarán en el cielo porque tú les guiaste a Cristo?

Muchos cristianos actúan como si Cristo hubiera muerto sólo por ellos. Por supuesto, si hubieras sido

la única persona aquí en la tierra, aún así Jesús hubiera muerto por ti.

Pero Él también murió por tus amigos y tus amigas. Murió por cada persona que conoces. No debes hacer vano su sacrificio en la cruz quedándote callado.

Piensa en el número de amigos y amigas que tienes que no conocen a Cristo. Por cada uno de ellos Jesús murió. Y ¿a quién crees que Dios quiere usar para que abran su corazón a Cristo?

No le eches la culpa al diablo. Si tus amigos se van al infierno es porque no hiciste lo posible por anunciarles el evangelio.

Muchas iglesias han hecho de su juventud una cultura interna. Los han moldeado según «la visión». Desgraciadamente han cambiado la visión de Cristo por la visión de su pastor.

Todos quieren ver más gente en su iglesia, más jóvenes en su grupo juvenil. Gente egoísta que no le interesa ganar almas. Lo único que les interesa es poder decir que a su iglesia llega más gente.

Tu visión debe ser ver más almas ganadas para Cristo. No para que tu iglesia se llene, sino para que el reino de Dios se extienda y el infierno se vacíe.

EJERCICIOS TÁCTICOS

Haz estos ejercicios antes de continuar al siguiente capítulo.

1. ¿Tienes el hambre por la Palabra que tenía Alejo?

   ¿Caminarías y te arriesgarías por buscar más de Dios?

2. ¿Quién fue la última persona a la que le predicaste el evangelio?

3. Pídele a Dios en oración que te permita predicarle a tus amigos.

4. Memoriza Mateo 28.18-20:

   Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.

Capítulo 8

Levanta al soldado herido

La violencia espiritual que trae la guerra que libramos en la obra de Dios puede transformarte en un guerrero sin sentimientos. El hambre que sentimos por la victoria puede convertirnos en personas insensibles a las cosas bellas del amor.

La ternura en un guerrero es tan admirable como su destreza con la espada y su fuerza en la batalla.

Muchas batallas espirituales no se ganan con violencia: se ganan con amor.

La Biblia nos manda a expresar el amor como el compromiso de hacer por otros aquellas cosas que les ayuden a ser lo que Dios quiere que sean.

Lucas 10.27 nos llama a amar a nuestro prójimo, Mateo 5.44 nos llama a amar a nuestros enemigos. Juan 15.12 nos llama a amarnos los unos a los otros y en Efesios 5.25 se le manda a los esposos a amar a sus esposas.

En cada caso la Biblia nos muestra que el amor es un compromiso de acción.

Muchas veces no se nos enseña a amar. Porque amar es estar vulnerable. Ama cualquier cosa, y tu corazón estará expuesto a la posibilidad de ser roto.

Guárdalo donde nadie lo puede tocar, escóndelo detrás de tus conversaciones superficiales, lejos de la vista de todos y cambiará. No se romperá, sino que será un corazón duro, impenetrable, irrompible. El único lugar fuera del cielo donde puedes estar seguro de que nada ni nadie tocará tu corazón es el infierno.

Un corazón permanentemente cerrado mantiene a otros alejados de ti. Un corazón que se arriesga, acerca a otras personas.

Si quieres acercar a tu vida a otras personas tendrás que entregar tu corazón.

Entregarte significa ser fiel a tu hermano. Significa amarlo sin condición, no importa qué es lo que haga o te haga.

Satanás ha tenido éxito aquí. Él ha podido evitar que en muchas circunstancias los hermanos practiquen la unidad.

Si te das cuenta, las iglesias que critican a otras, lo hacen por cosas ridículas y absurdas. Algunos creen que si una iglesia es grande es porque allí sólo les gusta la bulla y el relajo. Otros piensan que si una iglesia es pequeña es porque no tiene «el Espíritu»,

y están tan ridículamente equivocados como los anteriores.

No dejes que Satanás te use. Practica el amor y la unidad, no la envidia y la crítica.

Muchos hermanos no hacen nada por infundir paz y unidad en el cuerpo de Cristo. Parecen aves de rapiña; ni bien cae una presa de Satanás y ellos descienden a destazar y quitarle el poco cuero que le queda al hermano.

En Gálatas 6.1, el apóstol Pablo nos enseña mucho al respecto:

> Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado.

¿Qué haces cuando alguien comete un error y te hiere? Según Pablo, tienes que ayudarlo, aunque tú también necesites ayuda.

En el idioma griego, el verbo usado aquí, *restauradle,* era el mismo término médico que se usaba para describir la curación de un hueso roto. También se utilizaba para describir el arreglo de las redes los pescadores.

Lo que está malo con la vida de un hermano debe ser enderezado con amor. Eso no te da lugar a pensar que tú no tienes nada en tu vida que componer.

Sin embargo, parece que el ejército de Cristo es el único ejército que termina de matar a sus soldados

heridos. Estamos en batalla, habrán heridos, pero tú debes ser de los que levanta al compañero herido, no de los que le dan el tiro de gracia. Eso no sólo es ser un verdadero hermano y amigo, sino es ser obediente a la Palabra.

Una parte de una canción que escribí dice: «Cuando todos te den la espalda por tu error, Él viene y muestra su amor. Y sabiendo lo que hay en tu corazón, Él llega y carga tu dolor».

Estoy describiendo al amigo que «ama en todo tiempo y es como un hermano en tiempo de angustia» (Proverbios 17.17).

Cuántos de nosotros hemos cometido errores. Cuántos hemos caído duro sólo para darnos cuenta que al tratar de levantarnos nuestros mismos compañeros de batalla tienen sus pies sobre nuestra nuca.

Los soldados de Cristo nos debemos amar incondicionalmente. Debes levantar al soldado herido. Ámalo más cuando menos lo merezca. Al fin y al cabo eso es lo que Jesús ha hecho por ti.

Tal vez te han hecho lo imperdonable... según tu parecer, y piensas que nunca olvidarás lo que te hicieron. Pero debes aprender a amar. Cuando el amor perdona, el corazón olvida.

Cuando crucificaron a Cristo, había dos ladrones a su lado. Es muy probable que cuando levantaron la cruz con uno de los ladrones, todo el pueblo estaba

viendo: «Muere ladrón mereces morir», empezaron todos a gritar aunque el ladrón sabía muy bien que todos allí habían hecho cosas por las cuales también debían colgar.

No critiques a tu hermano. La única diferencia entre tú y tu hermano sorprendido en falta es que tus pecados todavía los tienes bien escondidos, y nadie más que Jesús los conoce.

No le pongas el pie en la nuca al que está tratando de levantarse. Perdónalo. Nada puede ser tan grave que no lo puedas perdonar.

Como cristianos, el amor no sólo significa entrega. Significa también sacrificio. Quiere decir que vas a sacrificar de lo que tienes, de lo que eres y de lo que puedas ser para que otros salgan adelante.

Ese es el problema de muchos líderes de ministerios hoy día. En lugar de sacrificarse ellos para que la gente que trabaja con ellos suba y salga adelante, los opacan y les roban oportunidades.

«Nadie me va a usar como trampolín», dicen excusando su falta de amor y sacrificio hacia la gente que Dios les ha dado. De eso se trata, de que nos usen de trampolín. Debemos tener la humildad de permitir que otros suban más que nosotros y eso demanda sacrificio en amor.

No podrás sacrificarte por otros mientras creas que eres más que los demás. Gálatas 6.3 dice: «Porque el que se cree ser algo, no siendo nada, a sí

mismo se engaña». En su carta a los Romanos, Pablo sigue diciendo: «Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno» (Romanos 12.3).

Si quieres saber cuánto vales, te voy a dar la fórmula para calcularlo: suma todo lo que tienes que el dinero no puede comprar, y agrégale todo lo que la muerte no se puede llevar. El resultado es tu verdadero valor.

Resulta que vales igual que todos los demás.

Tu deber es amar aunque no te amen. Tu deber es sacrificarte en amor para ayudar a otros a salir adelante.

Nuestra lucha es por Cristo, no es en contra de otros hermanos. Como soldados tenemos que ayudar a limpiar las heridas de los que han caído, cuidándonos siempre de que no nos vayan a herir a nosotros también.

No importa si asistimos a una u otra iglesia. Todos los que creemos en Jesucristo resucitado como Señor somos enemigos de Satanás. En esta guerra todos estamos vulnerables a sus ataques. Todos podemos ser heridos y caer. Cuídate.

EJERCICIOS TÁCTICOS

Haz estos ejercicios antes de continuar al siguiente capítulo.

1. Pídele a Dios en oración que te dé humildad para perdonar a los que te han ofendido.

2. Prométele a Dios que no criticarás a ningún hermano en Cristo.

3. Piensa qué cosas específicas puedes hacer para demostrarles tu amor a otros.

4. Memoriza Gálatas 6.1-3:

   Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo. Porque el que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña.

Capítulo 9

Recibe la antorcha

Los graderíos están llenos. Cada rincón está ocupado. Algunos se ponen de pie buscando a los corredores estrellas. Otros señalan como diciendo: «Allá van».

Se escucha el murmullo de todos los que están esperando el evento. Poco a poco un aplauso se empieza a escuchar por todo el estadio. Crece como lluvia que se acerca. Todos aplauden esperando el comienzo.

El aplauso termina y todos quedan de pie.

En sus rostros se puede ver la expectativa. Emoción que brota de algo más profundo.

Unos rostros más esculpidos que otros. Tantas historias que esas marcas podrían contar.

Con los ojos fijos al centro de la entrada de la pista, fruncen el ceño como queriendo entender por qué están en el graderío y no en la pista.

Sus miradas son profundas. Dicen tanto de derrotas pasadas como también de victorias finales. Nada los distrae.

La brisa mueve el pelo de muchas mujeres que hay allí. También expectantes, se concentran en esperar a los corredores estrellas.

Es una gran multitud. Todos tienen algo en común. Algo los convocó.

Es visible que muchos de ellos podrían participar en el evento. La actitud con que esperan a los corredores estrellas denota fuerza, deseo de victoria, rechazo a la derrota.

Aún de pie, algunos inclinan su cuerpo al frente queriendo acercarse aún más a la pista. No sólo quieren ver a los corredores estrellas: quisieran correr con ellos.

La pista no es normal como todas. Es estrecha y larga.

Entra por un extremo y con graderíos a los dos lados de la pista, esta continúa hasta donde la vista alcanza. Sólo los corredores estrellas la pueden correr.

De pronto, al extremo de los graderíos, el abucheo de miles empieza a crecer hasta parecer el viento fuerte de una tormenta.

Una cuadrilla hace su entrada abriendo agujeros profundos en la pista, escondiendo trampas y levantando toda clase de obstáculos.

Todos en los graderíos mueven sus manos en burla.

«¡Buuuh!», gritan todos. Es una multitud.

Sobre la burla de los espectadores, la cuadrilla continúa haciendo averías en la pista. Corren apresurados queriendo huir de vergüenza.

Pasan unos segundos. Siguen esperando a los corredores estrellas.

Hay silencio profundo, en cualquier momento aparecerán.

Como trueno de tormenta, estalla el aplauso de todos los que están allí. El estruendo estremece los graderíos y a los de la cuadrilla que aún levantan obstáculos en la pista.

«¡¡Síííí!!» gritan todos. Suena como miles de soldados descendiendo sobre un ejército por derrotar.

Uno de los corredores estrellas entra. Las plantas de sus pies acarician suavemente el suelo. Sus piernas, ya muy cansadas sostienen con dolor el peso de su cuerpo. Sus rodillas sangran dejando marcado en el camino su trayectoria.

Tropieza en uno de los obstáculos que la cuadrilla había levantado.

Todos callan. El silencio rompe el ambiente. El corredor cae.

Sus ya sangradas rodillas llevan otro golpe agonizador. Su rostro, esculpido por la larga carrera va directo al suelo.

Algunos en el graderío gimen, como sintiendo. Gimen como recordando.

Todavía, con rapidez, el corredor logra poner su mano izquierda para sostenerse.

Una mujer en el graderío se muerde el labio.

«Vamos, tú puedes», dice en silencio.

El corredor queda boca abajo sosteniéndose con su mano izquierda.

Todos pueden leer su nombre escrito en la parte de atrás de su camisola.

«Sí». «Sí». «Sí, sí, sí».

Al mismo ritmo todos empiezan a gritar levantando las manos empuñadas al cielo.

En el rostro del corredor se ve el esfuerzo extremo que hace para tratar de levantarse.

Los gritos que provienen del graderío le dan ánimo, le dan fuerzas. Voltea su rostro acabado hacia allí y observa. Escucha perfectamente lo que unos a un extremo le dicen:

«Nosotros lo logramos», gritan.

«Míranos, continúa lo que nosotros empezamos».

El corredor cobra más lucidez y puede ver con claridad.

Allí está Abel, el que ofreció sacrificio en una actitud que agradó a Dios.

Con Enoc, el que caminaba con Dios, está Noé. Noé fue el que hizo el ridículo delante de sus vecinos y amigos, pero obedeció a Dios.

Allí está Abraham con Sara, que obedecieron a Dios y se fueron de misioneros a otra tierra sin saber a dónde iban. Confiaron en Dios.

Jacob, está sentado al lado de su padre Isaac. A pesar de algunos errores cometidos durante su vida, Dios cumplió su promesa y bendijo a sus descendientes.

Gritando a todo pulmón está José, un verdadero corredor estrella. Bien sabe él de la carrera. Él corrió con muchos dolores, sufrimientos y sacrificios. Hasta preso resultó después de demostrar su verdadera hombría y su amor a Dios cuando se negó a tener relaciones sexuales con una mujer casada.

«Continúa», le gritan, «continúa».

Allí está Moisés, un tanto bronceado pero siempre alto y fornido. El gran líder está junto a sus padres, los que se rebelaron y no temieron las órdenes del rey, que no sólo eran tontas, sino contrarias al pueblo de Dios.

También está Josué, al que le gritaban «¡ridículo!» desde las partes altas de los muros de Jericó. Pero confió en Dios y aprendió que el que ríe último, ríe mejor.

Está Rahab, la prostituta que creyó en Dios y ayudó a conquistar Jericó. Qué ejemplo. En verdad Dios usa a cualquiera a pesar de su pasado.

También Gedeón, aquel joven rebelde que le renegó a Dios por el sufrimiento de su gente y Dios lo usó como líder revolucionario para liberar a su pueblo.

Junto a Barac está Sansón. Dos guerreros increíbles. Sus posturas, sus cicatrices de guerra y sus medallas de valentía hacen ver a Rambo y a Terminator como Micky Mouse.

Jefté está con ellos. Por su pasado, no es la clase de persona que a muchos líderes les gustaría ver como maestro de Escuela Dominical, pero Dios lo usó poderosamente.

«¡Levántate! ¡Levántate!», alguien grita a voz en cuello.

David, por supuesto. El niñito pastor cantaba, cuidaba ovejas, derribaba gigantes, conquistaba ejércitos enteros y estaba enamorado de Dios. ¡Ahora ya era adulto!

Está Samuel. ¡Qué profeta!, sus padres lo dedicaron desde pequeño para el servicio de Dios.

«No te rindas», oye que un pequeño grupo le grita: «No te rindas».

Los ve, son cuatro: Daniel, Sadrac, Mesac y Abed-nego. Estos cuatro fueron verdaderos corre-

dores estrellas. De jóvenes tuvieron que correr... cuesta arriba. Aquí están. Llegaron.

Allí está Juan el Bautista. Raro, pero siempre fue fiel aún el día en que le cortaron la cabeza.

Está con Pedro. Pedro prefirió morir crucificado cabeza abajo que morir como murió el Señor Jesús.

De pronto, el corredor en el suelo escucha a la multitud como nunca antes. Aplauden, gritan.

Desde lo más profundo de su interior cobra fuerzas.

La ovación de la gente iba en aumento. El aliento de la multitud le inyecta fuerzas. ¡El corredor se pone de pie!

La emoción incontenible de los espectadores electriza el ambiente.

El corredor sabe que está cerca su muerte. Que esto es lo último que hará. Con lágrimas en los ojos, observa al graderío que tiene enfrente. Se da vuelta y también observa el que tenía atrás. Baja su cabeza y mira sus rodillas sangradas. Voltea su mano izquierda como para ver si la tenía golpeada, pero sólo tiene un poco de sangre.

Todos callan.

Con orgullo santo, con el cuerpo erguido y sacando pecho, el corredor levanta el rostro a la multitud. ¡Con la fuerza de diez hombres levanta el brazo derecho que sostiene en su mano la antorcha de la Verdad!

Un grito de victoria estalla con poder sobrenatural. Nace en el corazón de la multitud.

Al mismo tiempo entra el otro corredor estrella. La multitud da voces. Es ensordecedor.

El corredor con la antorcha abre los brazos y en lugar de recibir al corredor que viene, se desploma en el suelo.

Justo a tiempo llega el otro corredor y lo sostiene.

—Levántate anciano —le dice en el oído—. Necesito seguirte.

El corredor ya casi sin aliento le responde en murmullo.

—Te toca, es tu turno —intenta respirar pero le cuesta—. Continúa, continúa.

—No podré —responde el corredor tomando al otro del brazo derecho y sosteniéndolo para que no se caiga.

—Estamos contando contigo —le dice ya sin fuerzas, casi moribundo.

—¿Quiénes? —le pregunta.

—Esta nube de testigos —se desploma en tierra.

El sudor hace resbalar el brazo derecho del otro, dejándolo solo con la antorcha en su mano. También, en su mano derecha.

El corredor levanta la antorcha y la nube de testigos empieza a animarlo. Los aplausos son ensordecedores.

Cuando se voltea su nombre se puede ver en su camisola. Es tu nombre. Tú llevas la antorcha del evangelio. Hay una nube de testigos. Están contando con tu esfuerzo en la obra de Dios para continuar lo que ellos empezaron.

Preparar el terreno requiere sacrificio y es mucho más difícil que cosechar el fruto y enseñar.

No saludes con sombrero ajeno. El crecimiento del evangelio en tu país no es resultado de tu ministerio, ni de ningún otro de esta época. El fruto que ves es resultado de aquellos que llevaron el evangelio a tu tierra por primera vez. Aquellos que de veras sufrieron por preparar el terreno para que ahora nuestra generación coseche.

Sus rodillas sangraban al orar por tu país y por tu gente. Y si, la historia recuenta sus tropiezos y caídas y en muchos casos, desafortunadamente, no recuenta sus victorias.

Pero la historia no es lo que está escrito, la historia somos tú y yo. Somos fruto del evangelio que con fidelidad plantaron siervos de Dios que en otra época corrieron la carrera sin desmayar y se animaron al escuchar la ovación de la nube de testigos. Ahora ellos están allí, en los graderíos; son parte de la «gran nube de testigos» que se nos menciona en Hebreos 12.1. Ellos y todos los que le precedieron esperan que nosotros continuemos la obra.

Son testigos de Dios porque son ejemplo de la fidelidad de Dios.

Son testigos de ti porque con expectativa ven tu carrera esperando que continúes lo que ellos empezaron.

Toma la antorcha. Corre la carrera. Haz el sacrificio. Y, cuando sea el tiempo, entrégala, no te quedes con ella.

A todos nos llegará el tiempo de formar parte de esa «gran nube de testigos». Pero mientras, sólo oímos sus aplausos por nosotros.

Prepara el terreno para aquellos que vienen detrás. Que ellos alcancen logros que tú no alcanzaste. Que conquisten montes más altos que los que tú conquistaste. Que corran más lejos que tú.

Que en el infierno se hable de tus rodillas sangradas por correr la carrera, de que mantienes firme la antorcha del evangelio, levantada y de que ningún obstáculo o trampa te detiene.

Escucha. La nube de testigos te está alentando. Toma la antorcha, corre, llévala con orgullo.

EJERCICIOS TÁCTICOS

Haz estos ejercicios antes de continuar al siguiente capítulo.

1. ¿Eres un corredor estrella?

2. Lee Hebreos 11 con cuidado y haz una lista de las cosas que te enseña el pasaje.

3. Memoriza Hebreos 12.1-2:

   Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de Él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.

Capítulo 10

Generación de rebeldes

En una escuela pública, secundaria, un grupo de jovencitas charlaban de hombres y de sexo. El grupo cambió de tono cuando otra llegó. Esta les preguntó de qué estaban hablando y todas empezaron a reír.

—Estábamos hablando de lo que te pierdes —le respondió una. Todas reían.

La jovencita tenía una idea de lo que estaba sucediendo, pero aún así inquirió:

—¿Qué me estoy perdiendo? —dijo haciéndose la ingenua.

—Ah, pareces una vieja anticuada —le dijo otra mirándola con desprecio.

—Mira a tu alrededor, despierta niñita. Hay un mundo allá afuera y es de nosotras las mujeres —le dijo una que estaba a su izquierda.

—Como dice Madonna, «debemos usar nuestro cuerpo para expresarnos» —siguió otra imitando la forma en que Madonna baila. ¡Se veía ridícula!

—A ella no le hablen de eso —dijo una caminando al centro del círculo que habían formado y hablando en tono de burla—. Ella es virgen.

Todas se rieron. La jovencita esperó a que terminaran su risa y viendo a cada una de las que estaban allí dijo:

—Escuchen bien. En cualquier momento yo puedo ser como ustedes —y miró fijamente a la que estaba en el centro—. Pero ustedes ya nunca podrán ser como yo.

Al no ceder a la presión del grupo, ella probablemente perdería a sus «amigas», pero no perdería su inocencia. Perdería alguna invitación a salir con ellas, pero no perdería su compromiso. Perdería un lugar en el grupo, pero ganaría un lugar en el corazón de Dios.

A ti no te debe dar miedo ir en contra de la corriente. Que no te importe lo que hablen de ti. Lo único que te debe interesar es lo que Dios piensa de ti. Es preferible ser un tonto a los ojos de tus amigos, que un tonto a los ojos de Dios.

Reputación es lo que tus amigos suponen de ti. Carácter es lo que realmente eres.

Reputación es lo que otros dicen que eres. Carácter es lo que Dios sabe que eres.

Reputación es lo que pondrán en tu lápida. Carácter es lo que en el cielo dirán de ti.

No te preocupe lo que tus amigas o amigos dirán de ti. Construye tu reputación sobre tu carácter de cristiano.

Romanos 12.1 es muy específico. No te dejes moldear por la sociedad que te rodea. Mira a tu alrededor, date cuenta: todos están cortados con la misma tijera, siguiendo el mismo molde.

Es hora que los cristianos nos rebelemos contra el mundo, contra la cultura pagana que nos rodea. Es tiempo que los cristianos impongamos la moda en lugar de seguirla. En lugar que los cristianos imiten al mundo, el mundo debería imitar a los cristianos. El problema es que a veces el mundo no encuentra mucho que imitar porque los cristianos que conoce se parecen mucho a los del mundo.

Tu país necesita la presencia transformadora de cristianos verdaderos. Los Diez Mandamientos son los Diez Mandamientos no «las Diez Sugerencias». En un mundo que está escribiendo sus propias normas, Dios quiere usar a jóvenes que conozcan Sus normas y vivan bajo ellas.

En Mateo 10.34 el Señor Jesús dice que Él no vino a traer paz, sino vino con una espada en la mano. Él no vino a hacer la paz con el mundo, Él vino a incomodar al mundo; a poner la división entre los que creen y los que no. No trajo paz, trajo violencia

a aquellos que rehúsan creer en Él. Trajo vida a los que creen en su nombre y muerte a los que no.

A diferencia de muchos jóvenes cristianos hoy en día, Jesucristo no vino a conformarse a la cultura. Se rebeló contra la cultura; y marcó con su muerte la diferencia.

En todas partes del mundo Dios está levantando una generación de rebeldes. Es una generación que no trae paz, sino una espada en la mano. Es una espada para marcar, con su propia sangre si es necesario, la división entre los que creen y los que no.

La espada que se nos ha dado, dice Hebreos, es la Palabra de Dios. Es nuestra guía, es nuestra arma para defendernos, es nuestra arma para atacar.

Al viajar, me doy cuenta que en todas las culturas Satanás tiene cautiva a la sociedad. Satanás nos ha quitado lo que es nuestro: nuestra generación. No debemos llegar y decir: «Diablito... diablito, devuélveme mi generación, por favor». ¡No pidamos permiso! Levantémonos, tomemos nuestras armas y arrebatémosle, de sus podridas garras, nuestra generación.

Ir en contra de la corriente puede ser duro, peligroso y hasta mortal, pero es lo que debemos hacer.

En una época en que todos quieren ser como el resto, es necesario que de la iglesia del Señor se levanten jóvenes que sean diferentes, jóvenes que sean originales en un mundo de fotocopias.

Los domingos la iglesia del Señor se llena de jóvenes que llegan a cantar alabanzas con los mismos labios que durante toda la semana repitieron la basura de la música secular.

Las mismas manos que con tanta elegancia levantaron durante el tiempo de adoración fueron usadas de lunes a sábado para tocar lo que no les pertenece.

Estos jóvenes que dicen que la televisión y la radio no les afecta. Sin embargo, una miradita a su ropa y a su forma de vestir revelan una juventud influenciada por la cultura. ¿Cuántos jóvenes «contraculturales» realmente hay en la iglesia del Señor?

En Babilonia había cuatro: Daniel, Ananías, Misael y Azarías.

Estos cuatro fueron capturados en una guerra y llevados como prisioneros a otra tierra. La cultura a donde fueron ejercía mucha presión sobre ellos.

Al igual que tú, estos jóvenes tenían la presión de una cultura que se les quería imponer. Incluso, hasta los nombres les cambiaron. Querían que dejaran de ser lo que eran y fueran como el resto.

Pero no. La presión de la sociedad alrededor de ellos, en lugar de quebrarlos, los hizo más fuertes, afirmó aun más sus convicciones.

Quiero pedirte que, por favor, en este momento, dejes este libro y leas el tercer capítulo del libro de Daniel.

Vamos ve y hazlo...

¡¿Ya?!

¿Harías tú lo que Daniel y sus amigos hicieron?

¿A qué ritmo marchas?

El rey de Babilonia había mandado hacer una enorme estatua. Ordenó que en cualquier momento que los músicos tocaran, todas las personas debían arrodillarse a adorar la estatua.

Suena un tanto ridículo. Pero no a mí, considerando las numerosas estatuas a los que los jóvenes cristianos de hoy le rinden honor cada día.

Por supuesto, que no se arrodillan y la adoran físicamente hablando. Pero si en su espíritu.

Dice el versículo 5 que les dijeron que «al oír el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del salterio, de la zampoña y de todo instrumento de música debían postrarse y adorar la estatua de oro que el rey Nabucodonosor había levantado».

Parece que la misma orden la han recibido muchos hoy día. Bailan al ritmo que les toque el diablo.

Muchos jóvenes cristianos se jactan de que tienen un ministerio, que asisten a tal o cual iglesia, que cantan, predican, danzan y gritan. Pero al momento en que Satanás hace sonar sus instrumentos, todos empiezan a marchar a ese ritmo.

¿Quién marca el ritmo de tu vida?

¿Tu novio? ¿Tu novia? ¿Tus amistades?

Cristo es el que debe marcar el ritmo de tu vida. Marcha al compás del ritmo de victoria. No dobles tus rodillas sólo porque la sociedad donde te mueves se acobarda al primer ruidito.

El versículo 7 continúa diciendo que al oír la música «todos los pueblos, naciones y lenguas se postraron y adoraron la estatua de oro».

Una vez una mosca iba volando. Desde lo alto vio a muchas de sus amigas bailando en una pista de baile color amarillo.

—Qué alegre está allí —pensó—. Me voy a ir con mis amigas.

Iba a descender, cuando una araña que estaba en una esquina le gritó:

—Oye, mosca, no seas tonta.

—Tonta, ¿por qué? —respondió la mosca, disminuyendo su descenso.

—No las sigas a ellas te vas a morir —le dijo la araña.

—Mira, tantas moscas no pueden estar equivocadas —contestó la mosca.

Rápidamente bajó con las demás... al papel engomado. La mosca, con todas las demás, murió.

Alguien dijo: «Yo dudo que la mayoría haya estado alguna vez en lo correcto».

Sólo porque todos o la mayoría adoraban a la estatua no era razón suficiente para que los jóvenes judíos lo hicieran.

Sólo porque todos, o la mayoría lo hace, no es razón para que tú lo hagas.

Si sigues a «todos» terminarás como la mosca. Terminarás con todos... muerto.

No hagas lo que todos hacen, haz lo que tus convicciones de cristiano te dicen que hagas. No te arrodilles, quédate de pie. No vayas, regresa. Acuérdate que un caballo de raza no tiene nada que hacer entre las mulas.

Jesucristo no sufrió, sangró y murió en la cruz sólo para que después tú hicieras el ridículo siguiendo las costumbres de tu sociedad. No lo hizo para que te arrodillaras con todo el montón delante de la estatua del materialismo, del éxito aparente y de la aceptación social.

Nuestro Señor colgó totalmente desnudo llevando en público nuestra vergüenza y tú te preocupas de la marca de ropa con que sales a la calle o la que usas para ir a la iglesia.

Te preocupas más de qué universidad te vas a graduar o en que compañía vas a trabajar que en conocer la voluntad de Dios.

La ropa que está de moda, esa te pones. La música que está de moda, esa escuchas. El lenguaje que está de moda, ese hablas.

Gastas dinero que no tienes para comprar cosas que no necesitas, para impresionar a gente que no te

cae bien. Ya no te des el lujo de gastar tu vida en cosas que no van a durar.

Cada vez que te arrodillas ante esas estatuas los demonios se ríen, no sólo de ti sino de nuestro Señor.

Los jóvenes judíos en Daniel 3 hicieron que Dios se riera de los demonios. Es hora que tú empieces a hacer lo mismo.

«Perico dondequiera es verde», dice el dicho. Si eres consagrado en tu iglesia, debes ser consagrado también fuera de ella.

Muchas veces no pecamos porque nuestras convicciones son profundas sino porque tenemos miedo de que alguien lo llegue a saber. Somos bien cobardes.

Si los judíos se arrodillaban ante la estatua, a nadie le importaría, ¿no? ¡No! Ellos sabían que le importaría a Dios y eso es realmente lo único que cuenta.

Aunque nadie te vea, aunque creas que a nadie le interesa, haz tus decisiones por convicción propia, no por opinión pública. Es tu amor a Jesús lo que debe impedir que peques, no lo que vayan a decir de ti en la iglesia. La vida cristiana se vive por principios no por sentimientos.

Ir en contra de la corriente puede ser duro, peligroso y hasta mortal. Lo mismo sabían nuestros amigos de Daniel 3.

Cuando la gente se dio cuenta que había «rebeldes» que no se arrodillaban, fueron rápido con el chisme. ¡Nunca faltan los chismosos!

El rey inmediatamente mandó a llamar a nuestros «irrespetuosos» héroes.

«¿Es verdad, Sadrac, Mesac y Abed-nego, que vosotros no honráis a mi dios, ni adoráis la estatua de oro que he levantado? Ahora, pues, ¿estáis dispuestos para que al oír el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del salterio, de la zampoña y de todo instrumento de música, os postréis y adoréis la estatua que he hecho? Porque si no la adorareis, en la misma hora seréis echados en medio de un horno de fuego ardiendo; ¿y qué dios será aquel que os libre de mis manos?» (vv. 14,15).

Este rey no sólo quería forzar a los judíos a hacer algo que ellos no querían, sino que el muy abusivo se atrevió a desafiar a nuestro Dios.

Los judíos entonces contestaron, dándonos una cátedra de como, con respeto, plantarnos firmes ante el mundo: «No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado» (vv. 16,17).

Como dicen en México: «¿Cómo le quedó el ojo?»

Primero observa como tratan de no excusarse con otras cosas. Y al mismo tiempo, no se ponen a discutir con el rey.

Presta atención a la primera frase de su respuesta en el versículo 16. Cuando te estén presionando, cuando digas que «no», no des excusas ni te pongas a discutir. El hombre natural no entiende las cosas del espíritu.

Luego cuando te cuenten de lo que te estás perdiendo o de lo que perderás si no cedes al grupo, respóndeles, nuevamente como nuestros héroes en Daniel 3: «He aquí mi Dios...»

Dios te librará. No perderás nada. ¿Pero será tu actitud la misma si por alguna razón Dios no te libra o no te suple lo que perdiste?

Fíjate en lo que los judíos dijeron al final: «Y aunque Dios no nos libre, de todos modos no lo vamos a hacer» (v. 17).

Quizás tengas que pagar un precio muy alto por no ceder a la presión del grupo. Tal vez pierdas a tu novio o a tu novia. Tal vez pierdas amistades y oportunidades. Pero no aflojes, aún cuando existiera la posibilidad de que Dios no te librara.

¿Sigues a tus amigos o te siguen? ¿Tu sociedad está influyendo sobre ti o estás tú influyendo sobre tu sociedad? ¿Te está cambiando tu mundo o tú estás cambiando a tu mundo?

No cedas, rebélate.

He visto a mi país luchar por lograr establecer un orden de paz para sus ciudadanos. Como tú, he aprendido la historia de mi patria, su himno nacional y he aprendido a amarla con todo mi corazón.

He aprendido a apreciar sus pintorescos paisajes como sus conglomeradas ciudades metropolitanas. Como tú, amo a mi país y me duele verlo sufrir.

La historia se sigue escribiendo y es hora que ella documente la acción de una generación que tuvo el amor, el coraje y la determinación de hacer algo bueno por su mundo.

Tenemos que cambiar el rumbo de la historia de nuestros países. Te reto a que lo hagas. Que seas un rebelde, un revolucionario.

Esa palabrita «revolucionario» puede causarte problemas pues nuestra historia está llena de revoluciones y revolucionarios. Cada revolución ha dado origen a otra.

El mundo ya se debería haber dado cuenta de que sus revoluciones no funcionan.

Hablan de cambio. Quieren cambiar a un pueblo sin cambiar su corazón. Tu país no será libre hasta que su corazón no sea libre. Allí es donde la revolución tiene que empezar. La vida es como un espejo; la violencia, un vago reflejo de lo que ocurre en el corazón.

Un joven le decía a Dios:

—Dios, quiero cambiar el mundo.

—¿Qué mundo?

—Pues este mundo en el que vivo, Señor.

—Ve y cámbialo.

—Señor, ¿por dónde empiezo? ¿Por mi país?

—Pero tu país es grande.

—Sí, mejor empiezo por mi ciudad —replicó el joven.

—Tu ciudad también es grande.

—Bueno, empezaré por mi vecindario, Señor.

—¿No es un poco grande tu vecindario?

—Sí, empezaré por mi calle —pensó el joven.

—¿Cuántos viven allí?

—Muchos, mejor empiezo por mi casa.

—Tu familia es grande, ¿no? —le dijo el Señor.

—Sí, mejor empiezo conmigo.

Cambia tu mundo cambiando tú primero. Tú eres el que posee la habilidad para cambiar a tu país.

Miles de jóvenes vanamente han muerto por «un país libre». Unos han muerto por una causa, otros han muerto por otra. Siguen siendo causas y siguen muriendo por «la causa». En fin, igual seguimos. Después de revoluciones y causas tenemos más viudas, cementerios más repletos e iglesias más vacías.

La única causa por la que debes morir y vivir es la de Cristo. La única revolución que tienes que iniciar es la del corazón. La única rebeldía que debes tener es en contra del espíritu de este siglo.

Levanta en tu país a esta generación de rebeldes. Levántalos y dirígelos a sostener en alto el estandarte de la cruz. Levántalos a oponerse a la influencia de la sociedad.

Rompe el silencio. Rompe el sistema. Atrévete a rebelarte.

La generación de rebeldes que Dios está levantando es la que no se deja moldear por el mundo. Es la que no hace lo que la sociedad en general ordena. Es la que el diablo no puede hacer bailar con sus viejos y anticuados ritmos. Es la que se arrodilla únicamente delante de su comandante en jefe: Jesús.

EJERCICIOS TÁCTICOS

No dejes de hacer estos ejercicios.

1. ¿A cuáles estatuas te arrodillas?

2. Haz una lista específica de las áreas en las que debes rebelarte en contra del enemigo.

Epílogo:
Eran sólo dos

En una antigua catedral católica de la ciudad de Esquipulas al sur de mi país, está colgado un crucifijo. Los católicos dicen que el pedazo de bronce es la imagen de Cristo. Abajo de esos casi treinta y cuatro kilogramos de mineral, arden cientos de candelas de parafina, las llaman «veladoras». Por más de un siglo, feligreses y visitantes han encendido estas veladoras con la esperanza de que sus rogativas sean escuchadas por el «santo».

Esta imagen la veneran miles de guatemaltecos. Por el color del bronce, ha llegado a ser conocida como «El Cristo Negro». Cientos pasan diariamente a verlo y muchos, ingenuamente, encienden una veladora y le rezan a la imagen.

En 1954, a tres horas de auto al norte de Esquipulas, en la ciudad de Guatemala, el gobierno estaba

cayendo delante de las tropas de un ejército revolucionario. Había sido una larga guerra, y como todas las guerras, había sido violenta.

Al lograr la victoria, los líderes revolucionarios decidieron mandar a traer de Esquipulas al «Cristo Negro», argumentando que le querían dar honor ya que lo consideraban su «Comandante en Jefe».

En la plaza central de la ciudad de Guatemala, miles de guatemaltecos celebraban el triunfo de la revolución. Una pareja joven, recién casados, había llegado a la plaza a ver el acontecimiento. Poco a poco se fueron metiendo entre la gente. A simple vista, parecía que se perdían entre el tumulto. Nadie se había percatado que ellos estaban allí.

Toda la gente tenía su mirada puesta al frente donde estaban los líderes del ejército revolucionario. Todos alzaban la vista estirándose lo más posible para ver sobre las personas que tenían delante.

Uno de los líderes revolucionarios caminó hacia donde estaba el podium principal y con una postura de orgullo, alzó sus ojos a la multitud. Inclinó su rostro un tanto al micrófono y con voz de mando anunció que el «Cristo Negro, el Comandante en Jefe de la Revolución» haría su entrada por una de las calles.

De inmediato, como si hubieran sido entrenados a obedecer una voz de mando, todos giraron su vista a la calle.

La imagen hacía su entrada.

Lentamente, sobre una plataforma cargada por varios hombres, la imagen entraba a la plaza. Se mecía de lado a lado al ritmo de un tambor sordo. ¡Qué ironía, los hombres cargando a «Cristo»!

Al instante, en una reacción espontánea, todos los que estaban en la plaza se hincaron en reverencia al «Cristo Negro».

Miles de guatemaltecos arrodillados. Miles... excepto dos.

Al instante, la pareja se vio rodeada por un mar de gente arrodillada. Sentían la mirada penetrante y acusadora de la multitud.

El joven tomó firmemente la mano de su amada y la apretó como diciendo: «Yo no me arrodillo, nos quedamos parados».

La gente entonces se dio cuenta que estos dos jóvenes estaban allí. Abusivos, irrespetuosos, irreverentes. Parados, cuando todos estaban arrodillados.

Poco a poco la multitud se fue poniendo de pie cuando la plataforma con el «Cristo Negro» llegó al frente. La pareja aún sentía la mirada de la gente.

Como pudieron se fueron retirando del lugar. Iban temerosos pensando en lo que pudo haber ocurrido. Pero iban convencidos de que aunque eran sólo dos, con el ángel del Señor de pie al lado de ellos, eran más que toda la multitud.

Eran sólo dos. Dos jóvenes dispuestos a cambiar su sociedad, no a que su sociedad los cambiara. Eran nada más que dos. Dos que preferían ser moldeados por las piedras, si a eso llegaban, que ser moldeados por la cultura del momento. Eran sólo dos que pasaron vergüenza, antes de avergonzarse de su Dios. Eran sólo dos jóvenes que habían dedicado sus vidas y su matrimonio a Dios. Eran sólo dos jóvenes rebeldes. Eran sólo dos jóvenes que se le plantaron a Satanás y a una cultura idólatra. Eran sólo dos jóvenes que son el modelo a seguir por la generación de rebeldes que Dios quiere levantar. Eran sólo dos, ejemplo para mí de fidelidad a Dios y de rebeldía contra el enemigo. Eran sólo dos, mi padre y mi madre, Virgilio y Beatriz Zapata, a quien con amor y respeto dedico este libro.

—¡Ahora tú, ve y sé *CONOCIDO EN EL INFIERNO!*

Si deseas comunicarte con el autor, escribe a:

Junior Zapata
Apartado Postal 123
Guatemala, Guatemala
o
FAX: (502) 472-1003